

Brecha

AÑO 3 :—: ARTES :—: AGOSTO DE 1959 :—: LETRAS :—: N° 12

Secretario del Consejo de Redacción: Arturo Echeverría Loría — Teléf. 5640 - Apdo. 1157 - San José, Costa Rica

Edita: BRECHA Ltda. — "ES EL ARTE EL QUE VENCE EL ESPACIO Y EL TIEMPO".—Rubén Darío — Precio: ₡ 1.25

Nuestro Tercer Año

Con este número cumplimos tres años de vida. "Cayendo aquí, levantando allá", como decía el Caballero de la Triste Figura, hemos ido desarrollando una labor cultural en la que hay mucho más a nuestro favor que en nuestra contra. Difícil, por demás, ha sido esta tarea. Sobre todo en lo referente a la parte económica. Muchas personas de esas que suelen hacer siempre cuentas alegres se imaginan sonriendo que esto lo decimos por el mero capricho de decir algo. Y traen a cuentas los cuatrocientos colones que el Gobierno, por decreto del Congreso, nos da a cambio de quinientos números en cada entrega. Pero la verdad es que a nosotros nos cuesta un colón cada número y que, si aceptamos tal situación, es por el hecho de recibir juntos esos cuatrocientos colones para pagar la imprenta, haciendo de caso que cien suscritores no pagan.

Y aquí comienza otro capítulo triste: el de los suscritores. Buscan BRECHA con entusiasmo; pero a la hora de cobrarles, muchos no pagan. Como se trata de un colón y veinticinco céntimos por número, las cuentas las pasamos cada tres meses. "Mucha plata", dicen, y se niegan a cubrir el recibo...

El anuncio también anda mal. En la mentalidad del comerciante existe la idea de que sólo el periódico diario es eficaz para anunciar, y nos niegan su colaboración. No se detienen a pensar que el diario se lee de paso, a la carrera, mientras que la revista se deja para las horas libres y la comodidad del sillón.

Nuestro público lector es mucho más selecto que el de los diarios. Las quinientas suscripciones del Gobierno son para quinientos maestros. En la zona bananera nos leen más de cien personas, la mitad de ellas también maestros. La Se-

cretaría de Relaciones Exteriores nos toma sesenta números de cada entrega para nuestras Embajadas y Consulados. Tenemos suscritores en Nueva York, San Francisco, Los Angeles, Washington, México, Guatemala, Honduras, Nicaragua, la República Argentina, Uruguay, Colombia y el Perú. Y servimos, paguen o no, seiscientas suscripciones en el país, fuera de lo que se vende en las principales librerías. Ya verán los comerciantes si paga o no un anuncio en BRECHA.

Sin embargo, hay negocios para los cuales nuestra gratitud será eterna. Miguel Macaya y Cía., Antonio Lehmann, Cervecería Traube, que desde el comienzo nos vienen favoreciendo con sus anuncios. Después, el Consejo Nacional de Producción, el Instituto Nacional de Seguros, la Cámara de Azucareros, el Instituto Costarricense de Electricidad y el Instituto Costarricense de Turismo. Ocasionalmente, el Instituto Nacional de Vivienda y Urbanismo, la United Fruit Company, Koberg, la Fábrica Nacional de Licores, la Botica Mariano Jiménez, Zepol y otras. Unas más, otras menos, todas han contribuido a la estimulación de la cultura nacional con su ayuda.

No ha sido nada fácil la lucha constante por mantener BRECHA en la palestra. Pero aquí estamos en nuestro tercer cumpleaños, con el mismo entusiasmo del comienzo, saludando a nuestros lectores. Aquí estamos, como el náufrago que, después de librarse de la muerte, todavía goteando, se tocaba todo el cuerpo y gritaba frente al mar: "¡Todavía estoy vivo!".... Nosotros palpamos y volteamos admirados las páginas de la revista y, asombrados, lanzamos idéntica exclamación que el náufrago.

¡Adelante con Dios!

Nuestro don Justo A. Facio

Por LEON PACHECO

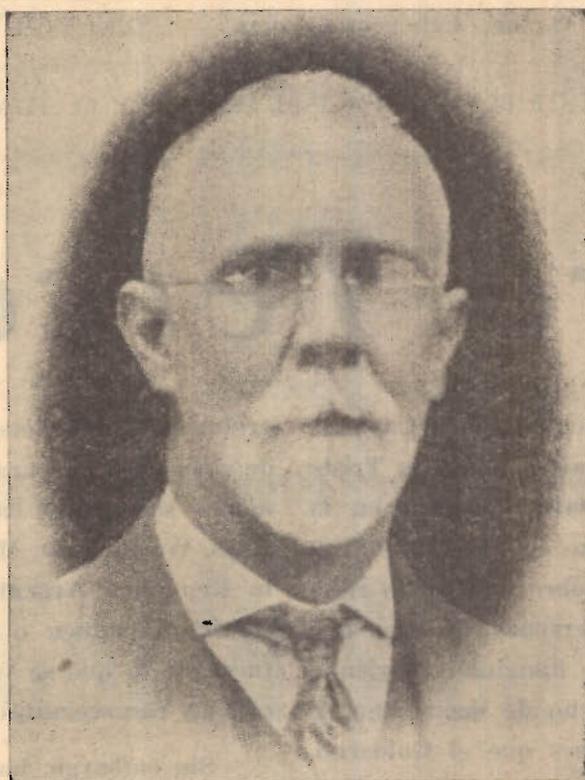
Don Justo A. Facio es uno de esos hombres cuyo recuerdo es difícil que se borre de la memoria. Todo contribuye a tenerlo presente aun en los más ocultos instantes de la vida. Don Justo fue un personaje sorpresivo en su dinamismo múltiple. Poseía la elegancia del espíritu que le desbordada en todos sus gestos y en todas sus acciones. Existen muy pocos tipos humanos que se le parezcan, pero aquéllos que lo recuerdan, cuando uno los encuentra en esta aventura que es vivir, le dejan la visión irreversible de que se está frente a un hombre, a todo un hombre, como decía don Miguel de Unamuno.

Eso era don Justo A. Facio: todo un hombre. A los jóvenes que lo frecuentamos desde el año de 1914 nos produjo siempre esa sensación tan neta. Entonces no sabíamos por qué su pensamiento firme y sus modales tan distinguidos ejercían su encanto en nuestras inteligencias. Su voz entrecortada, socarrona, sus ideas definidas y su conocimiento del alma humana constituían un espectáculo único para nuestra timidez. Todos los que fuimos sus discípulos lo queríamos con la espontaneidad con que se aman las cosas y los seres que se adentran en la conciencia con la diafanidad de la luz.

Le debemos a don Justo A. Facio nuestra devoción por las letras. También nuestra actitud beligerante frente a los problemas que el mundo y sus complicaciones no acaban de plantearnos. Sus lecciones nos

produjeron constantemente la impresión de una lucha, a inteligencia partida, con las ideas de los hombres que pensaron en otras épocas, pero que invariablemente lo hicieron con un gran espíritu de actualidad. Nunca fue para nosotros el profesor sino el maestro, en el sentido que Sarmiento le da a esta palabra y que lentamente desaparece de la circulación para ser reemplazada por el limitado término de educador o pedagogo. Don Justo vivía y hacía vivir la cultura y no la **paideia**.

Aun recuerdo cuando lo veíamos aparecer por los alrededores del Liceo de Costa



DON JUSTO A. FACIO

Homenaje en el centenario de su nacimiento

Rica. Su andar, a pequeños pasos, era el de un ser de raza. Ligerero y decidido, como debió ser el de los filósofos griegos en las mañanas tibias de Atenas. Su elegancia en el vestir, su limpieza de alma y de cuerpo, nos impresionaban gratamente. Se peinaba invariablemente su barba blanca con un diminuto peine. Se pasaba la mano derecha sobre su regia cabeza, se quitaba los anteojos que limpiaba con el pañuelo y de inmediato comenzaba la lección. Y comenzaba a hablar de cosas de que dichosamente todavía me acuerdo. Ponia un acento muy humano en su voz cálida, de hombre que ha vivido mucho y que ha llegado ya a ese es-

cepticismo tan grato a mi maestro Michel de Montaigne. Del acento de su voz sí me acuerdo y de esto sí me siento feliz. Que la voz es el hombre. Su eco resuena aun en mi espíritu hondamente, como un grito del tiempo desafiando la eternidad. Al terminar la lección llamaba siempre a uno cualquiera de los muchachos para que le dirigiera la mano para firmar el libro de clase. Escritura firme, recia como su alma, un poco temblorosa a las veces, cuando quien le ayudaba no tenía la reciedumbre de carácter que él estimulaba siempre en los jóvenes.

Uno de los recuerdos más íntimos que conservo de don Justo remonta al año de 1919. Año dramático para nuestro país. Gobernaba un régimen anárquico con pretensiones de dictadura. Los liceístas nos levantamos contra ese régimen. Un día de junio de ese año nos echamos a la calle. Corrimos (éramos jóvenes y cuando se es joven se tiene el corazón y la vanidad a flor de inquietudes), hacia el Colegio Superior de Señoritas. Quizás queríamos demostrarles a las muchachas que éramos unos héroes. Oh! sombra venerable de Aquiles cuyas hazañas habían sido exaltadas por el maestro en clase! La Guardia Rural se nos echó encima. Ibamos a recibir nuestro bautismo de sangre. Nuestra sorpresa fue grande cuando sentimos marchando a nuestro lado a don Justo, en medio del tiroteo. Iba erguido, sereno, como si fuera a impartir una lección de castellano o de literatura. No nos dijo ni una sola palabra porque las lecciones de los hombres, cuando son verdaderas, no necesitan palabras para expresar su necesidad humana. Junto a él nos detuvimos en la Escuela de Derecho que se encontraba entonces en la antigua casa del Dr. don José María Castro, cien varas al oeste del Colegio de Señoritas. El tiroteo merma por instantes. Nosotros terminamos por dispersarnos y corrimos hacia nuestro destino, ese destino cuya dirección nos señalaba definitivamente el viejo maestro. Desde ese día hemos seguido esa ruta: luchar en todas partes

por la libertad y la dignidad humana.

La vida habría de tumbarnos muy pronto hacia otros continentes. Largos años habríamos de vivir alejados del país. Pero antes de marcharnos visitamos al maestro que vivía por entonces frente a donde está ahora el Hotel Balmoral. Lo encontramos en medio de sus libros. Hablamos de las cosas de que hablan los viejos y los jóvenes. Nunca más tuvimos la dicha de volver a ver a don Justo. Sin embargo, su silueta de pie en la puerta de su biblioteca cuando vino a dejarnos hasta ella, nos acompañó en la aventura de nuestra juventud bajo otros climas y entre otros hombres.

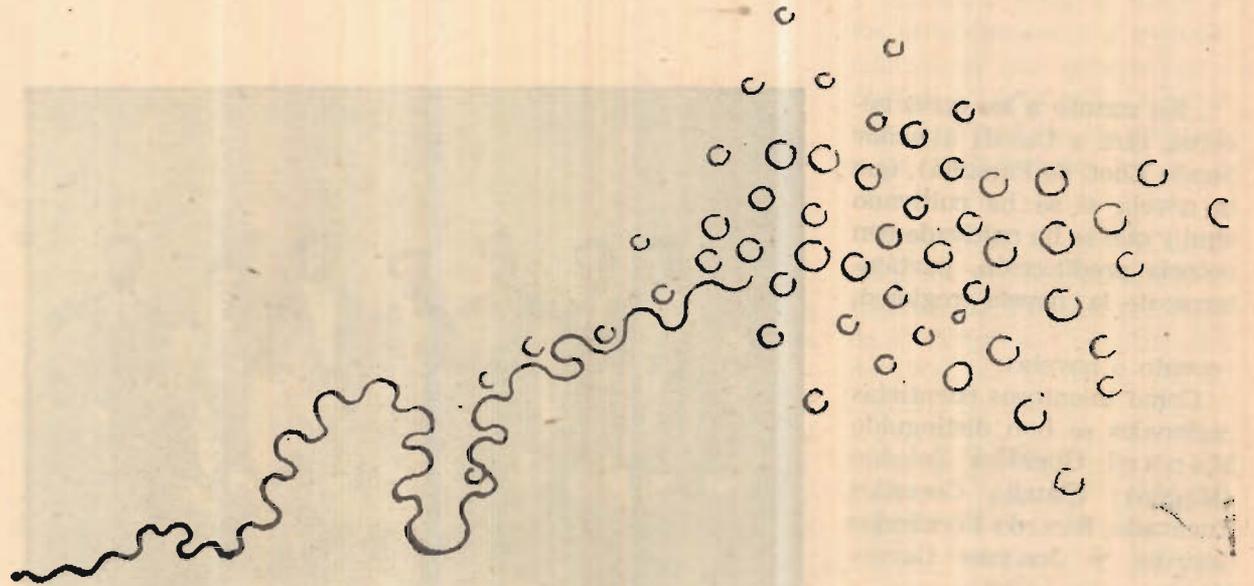
Ahora hacemos memoria de que cuando frecuentábamos a don Miguel de Unamuno en su destierro de París, después de su homérica huída de las Islas Canarias, recordábamos sin cesar a don Justo. Se parecían, no sólo en lo físico y en esa elegancia que es connatural cuando el cuerpo es tra-

sunto del espíritu, sino también en lo tajante del pensamiento, en la reciedumbre de la frase paradójica, en la actitud franca frente a la defensa de la libertad y de la dignidad del hombre de carne y hueso, que ya el viejo maestro costarricense nos había enseñado, sin aspavientos, durante nuestra juventud ingenua y febril. Este don Miguel de Unamuno era otro maes-

tro, a sus ratos melancólico y nostálgico, a sus ratos indignado, a sus ratos lírico y bíblico. Este don Justo A. Facio que evacábamos a su lado también era como el maestro salamantino, pero para nosotros tenía el indecible prestigio de haber descubierto nuestras reconditeces, esa esencia de lo humano que nos ha acompañado en nuestros días de alegría y en los de

desaliento.

Este sencillo homenaje a don Justo A. Facio, en la celebración del centenario de su nacimiento, es el reconocimiento del discípulo en cuya alma él dejó el sentimiento de que el mayor espectáculo de este mundo es la plenitud del hombre en la afirmación de sus contradicciones, de sus virtudes, es decir, de su capacidad humana.



Librería ANTONIO LEHMANN

En su departamento especializado

OFRECE:

Nuevo Diccionario MEDICO Larousse

Para conocer y conocerse:

El "NUEVO DICCIONARIO MEDICO LAROUSSE" refleja exactamente el estado actual de la ciencia médica; reúne en artículos separados de fácil consulta una enorme suma de conocimientos de anatomía, patología, terapéutica, cirugía, psiquiatría, medicina social, obstetricia, anestesia, endocrinología, dietética, toxicología, etc.

Expone detalladamente para el público culto los más recientes progresos.

Su novedoso suplemento anatómico de láminas transparentes superpuestas permite adquirir un conocimiento sólido de la ubicación y relaciones de nuestros órganos.

Profusamente ilustrado con fotografías fieles y explícitas, y aclarado por figuras demostrativas, constituye un inapreciable instrumento de cultura que, con la misma exactitud, pero sin el tedio y la aridez de los textos especializados, permite saber bien y de inmediato todo cuanto se refiere al funcionamiento de los órganos y la salud del cuerpo humano.

Algunos fragmentos de la "Carta Literaria"

Por Justo A. Facio

...En cuanto a los otros géneros, diré a Usted (al señor Simón Eliet, de Panamá), que la novela si se ha cultivado aquí y que se ha cultivado con notoria predilección, particularmente la novela regional,

(cuento o novela).

Como talentosos cuentistas regionales se han distinguido Manuel González Zeledón (Magón), Claudio González Rucavado, Ricardo Fernández Guardia y Joaquín García Monge.

Si bien tuvo precursores incipientes, González Zeledón fue el primero en cultivar aquí la literatura nativa, la literatura de folklore, a la cual ofrece este joven país un no escaso venero de tradiciones y costumbres vernáculas. En sus cuentos, cuadros de fuerte realismo (*El elis de sol*, *Unos novios*, *Una vela*, etc.) aparece el pueblo tico en toda su ingénuo tosquedad primitiva; en sus otros relatos, (aquellos que pueden clasificarse bajo la denominación general de artículos), tales como *Sin cocinera*, *Un día de mercado*, etc. González Zeledón dibuja hábilmente, con rasgos caricaturescos, esas graciosas nimiedades de la vida ordinaria que en las costumbres tienen un vivo color local, —el que dan a las cosas del terruño las condiciones ambientes y el vocabulario.

De González Rucavado existen cuatro publicaciones que guardan relación con las cosas lugareñas. *El hijo de un gamonal*, *Escenas costarricenses*, *De ayer* y *¿Egoísmo?*. *El Hijo de un Gamonal* es el primer ensayo de novela de es-



(CIRSA DE 1951)

Don Justo A. Facio rodeado de algunos compañeros y discípulos: Moisés Vincenzi, Manuel Angel López B., R. Briceño Alvarez, Juvenal Vega R., Victor M. Rojas, Fernando Aguilar, J. Ramón Leiva C., A. Naranjo Rivera, Nieves Santos Bonilla, Juan Dávila C., Luis A. Silva, Santiago Gutiérrez, Eduardo Zamora, José Antonio García, Tomás Povedano y Joaquín García Monge.

te autor. Allí, como en sus obras posteriores, se sitúa ya en escenario local y allí se echa de ver igualmente el poder pictórico de su pluma; en *Escenas Costarricenses*, González Rucavado describe dos costumbres tradicionales entre nosotros: las fiestas y el veraneo; en ninguna de esas descripciones falta el color local, que no es tan pronunciado, me parece a mí, cuando entran en acción, discurren o confabulan los protagonistas. *De ayer* es una preciosa colección de cuentos cuyos héroes son niños. *¿Egoísmo?* es una novela en que el autor plantea un intríngulis psicológico de posibilidad algo dudosa; pero, en todo caso, ingeniosamente desenvuelto.

Ricardo Fernández Guardia ha sido sin duda el más cos-

mopolita de estos escritores, en cuanto toma sus asuntos de aquí y de allá, indiferentemente (*Lolita*, *El manantial*, *La princesa Lulú*, etc.) lo que no quita que haya manejado también con singular acierto los asuntos regionales, tales como *Un santo milagroso*, *La política*, *Un héroe*, etc., cuentos todos escritos con donaire y malicia propios de aquel ingenio, en quien, además, el buen decir es un don. Los cuentos de Ricardo Fernández Guardia, que es igualmente un notable historiógrafo, están coleccionados en dos volúmenes, *Hojarasca* y *Cuentos Ticos*. Este último ha sido traducido al inglés.

Joaquín García Monge, que ya había publicado interesantes novelas de sabor regional, (*El Moto*, *Hijas del Campo* y *Abnegación*), ha traído recién-

temente a nuestra literatura, en una nueva serie de cuadros (*La Mala Sombra* y otros sucesos) otros tantos episodios vividos por el pueblo y que conservan en la transcripción, bellamente realizada por la mano oculta del artista, todo el color, toda la frescura y toda la gracia que tenían en el cuadro original. Es esto a mi ver lo más típico que hay, fuera de lo de Aquileo J. Echeverría, en la literatura regional costarricense. A la aparición de esta obra, alguien, que informaba al público, insinuó que García Monge había dado en el misticismo, atribuyendo al autor de *Mala Sombra* lo que en el relato no era sino expresión ingénuo del sentir popular, porque en el alma de toda comunidad joven o algo primitiva hay siempre un sedimento de misticismo, y éste satura y colora inevitablemente las ideas y los actos que de esa comunidad o sus individuos emanar.

(En: *Carta literaria*, por Justo A. Facio. Athenea. Organó del Ateneo de Costa Rica, Tomo 2, N° 7, 1. de noviembre de 1918).



Del Pensamiento Educativo Costarricense

Del distinguido educador don Justo A. Facio
son los juicios que aparecen a continuación.

... es de sentirse que la enseñanza no llene todavía entre nosotros el alto objeto que la civilización le ha prescrito y el cual no es otro que educar, al instruir. Las escuelas no son simples máquinas de transmitir conocimientos: si así fuese, esos centros no podrían ser, como han desear, medios de mejoramiento social, ni habrían logrado producir el bien

de que la sociedad hacia ellos se reconoce agradecida deudora.

La misión de la escuela es, en efecto, educar: es decir, mejorar, perfeccionar, si es posible, los medios de acción de que el hombre dispone para cumplir con sus deberes y para satisfacer sus necesidades; lo que se consigue disci-

plinando y ejercitando convenientemente su naturaleza intelectual, moral y física.

Un hombre educado en la actividad, en el bien y en la reflexión, es más apto, infinitamente más apto para llenar los fines de la vida que aquel que solamente ha cultivado su memoria. Atendiendo, pues, a las condiciones en que se

cumple la vida, la Pedagogía quiere que de las escuelas salgan, antes que hombres instruidos, hombres sanos, buenos y pensadores.

Para alcanzar ese resultado por medio de la enseñanza, hácese preciso, aparte de una instrucción general, tener conocimiento profundo de la naturaleza infantil, poseer un espíritu sagaz de observación y análisis y estar al tanto de los procedimientos y métodos educativos que promueven y dirigen el desarrollo armónico y gradual de los órganos y de las facultades.

(En: C. R. Ministerio de Educación Pública. **Memoria de Instrucción Pública** presentada al Congreso Constitucional de 1900 por el Señor Subsecretario de Estado en el Despacho de esa cartera, don Justo A. Facio. San José, Costa Rica, Tipografía Nacional, 1900).

Don Justo A. Facio

Por Abelardo Bonilla

Don Justo A. Facio, nació en Santiago de Veraguas (entonces República de Colombia) el 17 de agosto de 1859, pero su familia se trasladó a Costa Rica cuando el niño tenía año y medio de edad. Se formó y residió en San José hasta su muerte, ocurrida el 26 de diciembre de 1932.

La obra de Facio no puede considerarse exclusivamente como la de un poeta lírico, porque lo fue un poco al margen de su actividad de educador. Humanista de sólida formación, especialmente en las letras clásicas y en las españolas, ejerció durante muchos años el profesorado —Gramática y Literatura— en varios colegios. Fue un excelente Ministro de Instrucción Pública, presidente del Ateneo de Costa Rica y realizó una vasta obra de difusión cultural en diarios y revistas. Por mucho tiempo escribió, con el pseudónimo de Gastón de Silva, una sección de **Páginas Ilustradas** que comprendía crítica de obras nacionales y extranjeras y crónica de los más diversos

hechos, todas llenas de generoso espíritu. Su especialidad era la Filosofía y el conocimiento de los clásicos castellanos. Entre sus ensayos hay uno, publicado en 1931, titulado **Origen y desenvolvimiento del romance castellano**, el primero de esta naturaleza que se escribió en Costa Rica y que explica la predilección del poeta por ese metro tradicional.

En sus poesías incluidas en la **Lira Costarricense** y en las del tomo **Mis Versos**, de 1894, el romance es la forma preferida por Facio, aunque no en sus características populares y tradicionales sino en sus matices más cultos.

Don Justo tuvo una visible influencia de la literatura neoclásica española del siglo ... XVIII y, en segundo término, del modernismo. No era un poeta de gran vuelo, pero era un artista del verso, con el sentido clásico de la natura-

leza, tan raro entre los líricos costarricenses. Creemos que su maestro, y una fuente apreciable en sus obras, fue Meléndez Valdés, el mayor poeta español del citado siglo, aunque su temperamento evitó siempre el sensualismo anacreóntico de ese vate, de quien sin duda escuchó las siguientes palabras: "En mis poesías agradables he procurado imitar a la naturaleza, siguiendo las huellas de la docta antigüedad, donde vemos a cada paso tan bellas y acabadas imágenes". Y, como Meléndez, comprendió que el romance no sólo era un medio de expresión épica, sino un instrumento lírico: "Yo comparo esta especie de nuestra poesía a los endecasílabos latinos por su dulzura y sencillez prosaica". Toma siempre sus datos del mundo real, pero los baraja con tal variedad, que logra una visión poética sin ningún recurso conceptual. Como un rasgo curioso de su poesía, anotamos el

de iniciar generalmente el desarrollo de la idea poética por los complementos, directos o circunstanciales, de modo que el sujeto y verbo aparecen al final, lo que indica que concibe primero la visión o las imágenes y a ellas adapta las figuras y la sintaxis de la estrofa, con lo cual, sin llegar a la creación emocional "desde el objeto", consigue superar la actitud objetiva y distante de sus contemporáneos. Es también interesante observar que siendo su obra—tanto la de estudio y crítica como la lírica—un producto de su cultura, obtiene calidades finísimas mediante un cuidadoso ajuste estético-idiomático, lo cual hace que en su poesía priven los elementos plásticos sobre los musicales y la sensación de quietud sobre la de dinamismo.

(En: **Historia y Antología de la Literatura Costarricense**, por Abelardo Bonilla. San José, Costa Rica, Editorial Universitaria, 1957).

La Literatura de Misterio, Género Impar

Por Alfredo Cardona Peña

No había frecuentado la literatura de misterio por razones que no podría justificar; la más válida, quizá, sea la ausencia de tiempo, pero mucho lo he perdido con lecturas menos interesantes. Mas ha sucedido que obligaciones de trabajo me hicieron revisar, durante un año, páginas enteras de ese género que permanecía al margen de mi atención, y así pude descubrir, si no el Mediterráneo, por lo menos un vasto y caudaloso Amazonas de imaginación.

No sé de clasificaciones, pero entiendo que en la literatura de misterio debemos incluir el cuento policíaco, de manera que aquélla forma propiamente el género, y éste un derivado. No debe ser forzosamente policíaco un cuento para que caiga dentro de la órbita misteriosa, ya que puede presentarse el argumento sin averiguación judicial—sin policías o detectives como personajes fundamentales— y no obstante abundar en intriga, o en incógnita, que es la piedra de toque.

Contra lo que suele creerse, la literatura de misterio es tan vieja como el mundo, y el primer "episodio" policíaco, antiguo como el Libro del Génesis. Los capítulos 2, 3 y 4 del Oráculo parecen anticipar, en fabulosa cantidad de años, un sumario maestro del **Ellery Queen**. Al misterio sumamos la poesía del mito y tenemos—en los capítulos 2 y 3 del Libro de los Libros— el maravilloso drama de la astucia contra le candor virginal, el primer crimen relatado y

la primera investigación. El detective es Jehová, quien pregunta a Caín: "¿Dónde está Abel tu hermano?" (Palabras que ponen la primera piedra del careo judicial, terroríficas palabras que la oratoria forense inscribe al frente de sus obras, como un epígrafe de fuego). La respuesta del interpelado: "No sé; ¿soy yo guarda de mi hermano?", es la primera evasiva de un criminal ante su juez. Ha establecido ese capítulo bíblico un diálogo que durante siglos y siglos se ha repetido, y que llega a nuestros días con toda su profunda realidad. Las actas judiciales están llenas de él, y los cuentos policíacos no parecen sino reproducir, con los miles de recursos que tiene la inventiva, aquella escena patética.

Ya está liquidada la falsa idea que hacía de la literatura de misterio un campo inferior de la creación escrita. Por mucho tiempo, sin embargo, prevaleció el error de no tomar en cuenta lo que, en justicia, es una alta aventura de imaginación, un precioso y difícil experimento mental.

Tan valioso en sus pormenores de elaboración, que numerosos maestros de la prosa narrativa han escrito cuentos policíacos, naturalmente que dando en el blanco. ¿A qué se debe, pues, esa subestimación del intelectual, y aun de la gente culta, para un género tan lleno de sorpresas positivas?

La explicación radica—se-

gún Agustí Bartra, autor de una de las más completas antologías de cuentos policíacos— probablemente en la gran proporción de sus fracasos y en la vasta comercialización a que el género se presta".

Esa proporción negativa crece alarmantemente en Hispanoamérica, donde notamos una ausencia casi absoluta de intuiciones y hallazgos. María Elvira Bermúdez, creo la primera mujer mexicana que medita en la naturaleza de esta literatura, se inclinaba a ver en las grandes urbes un elemento que coadyuva al florecimiento del género, razón por la cual "en España y en nuestros países el acervo literario detectivesco es muy raquítico". A esto puede objetarse que, sin urbe o con urbe, el delito siempre prevalece, y siendo éste el que suministra la materia prima, no hay razón para que el escritor lo mire con indiferencia. Con respeto ante la actitud de respeto y de confianza ante la ley, que tienen los pueblos sajones (el inglés y el norteamericano) se enfrenta la del hispanoamericano, y en especial la del mexicano, que según la señora Bermúdez se distingue "por un escepticismo sin recato hacia el poder de la justicia abstracta, y por un desdén amargo hacia los depositarios de la justicia concreta". Tampoco esta observación nos parece una razón de peso, suficiente para demostrar por qué el cuento policíaco no ha logrado en nuestros pueblos la difusión y el cultivo que merece. Al respec-

to y la confianza del pueblo anglosajón frente a la justicia viene a suceder una actividad criminal verdaderamente asombrosa, y a la falta de confianza de los latinos igual inclinación al delito. Pero mientras el escritor inglés y norteamericano cuenta con revistas especializadas que remuneran espléndidamente su trabajo, y también con adaptadores cinematográficos y editores que les cubren los gastos para el resto de su vida, el escritor hispanoamericano no tiene prácticamente quién le compre un buen cuento de misterio, y no puede dedicarse a ese menester. Aquí, como en todas las disciplinas de la vida, por espirituales que sean, la producción se rige por principios económicos.

Además, el escritor hispanoamericano ha tenido ante sí la realidad social y política de su mundo, que requiere el esfuerzo de la novela y el ensayo antes que la simple diversión y entretenimiento de una fábula. Y no se trata de divertir "gratuitamente" al lector cuando la tragedia de un bienestar amenazado, o de una desposesión, alancean su inteligencia y llenan sus horas fecundas.

Con todo, es justo pensar que nos acercamos a un renacimiento editorial provocado por una demanda cada vez más exigente del público lector, y que, en consecuencia, el productor de ficciones tiene necesariamente la oportunidad de trabajo que otras épocas le vedaban. La afición al cuento policíaco aumenta cada día, no sólo en los países que han dado ya varios autores clásicos del estilo, como son Inglaterra y los Estados Unidos, sino en los latinoamericanos.

No sólo por afán de conocimiento abrimos los libros; también por curiosidad y persecución del deleite; el primer incentivo se refiere al intelecto y el segundo a la imaginación, que incluye la magia. Para que ésta se dé necesita algo más que el mero deseo de escribir. Requiere el estímulo de un público sensible y alerta, capaz de mantener la industria impresa, de la que

depende la seguridad concreta del escritor. Son factores obvios que a menudo se olvidan, porque todavía hay ilusos que ven en la literatura un caso de generación espontánea.

El libro de misterio es como los gases: contagia y se expande. Pocos lectores habrá que tras de leer una buena intriga, no traten de buscar un libro semejante al primero, y otro más. Se origina en ellos un hábito del que difícilmente se desprenden, porque hay que partir del supuesto de que esos lectores trabajan durante ocho horas en actividades rigurosas, después de las cuales necesitan descansar la mente en algo: cine, televisión o libro.

Si se es escritor, la lectura

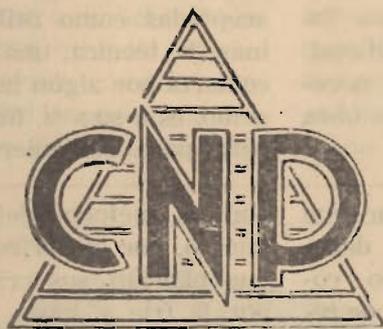
de un libro de misterio produce calladamente el deseo de acometer el género, por vía experimental primero, y luego por necesidad de oficio. Y no solamente en el caso de ser escritor "oficialmente". Me he sorprendido al saber que muchos empleados de banco, telegrafistas y estudiantes en receso, leyendo cuentos policíacos han sentido deseos de escribirlos, logrando tras los primeros e inevitables tropiezos una soltura admirable, y aun maestría. Tal es el caso muy honroso del señor Hayden Howard, quien tras estudiar ingeniería en la Universidad de California, con grandes esfuerzos económicos, comenzó a jugar al género policíaco "para descansar" y a la postre se convirtió en un profesional de los manes de Sherlock Holmes.

Lo mismo ocurrió con el señor Charles B. Child, londinense de ascendencia escocesa, quien fracasando como marino y publicando después notas sociales en un periódico de pueblo, "descubrió que ganaba más dinero escribiendo cuentos y novelas en su tiempo libre para revistas inglesas, que por su trabajo regular".

Estas sorpresas se producirán en nuestros medios dentro de pocos años, y de hecho se están produciendo en forma modesta, aunque susceptible de desenvolvimiento. En México, un humanista como Alfonso Reyes ha declarado que "la novela policial es el género clásico de nuestro tiempo", y en Buenos Aires un escritor tan universalista como Jorge Luis Borges ha hecho de ella "un poema o un problema metafísico", según lo

observaba Xavier Villaurrutia. En Inglaterra, una personalidad como la de Chesterton no sólo fraguó divinas escaramuzas detectivescas con **The innocence of Father Brown** (1911), sino que escribió varias páginas elogiando el género impar.

Yo siento una envidia pavorosa por el buen escritor de enigmas. Para mí un buen cuento policíaco vale tanto como un soneto magistral: en ambos productos hay ajuste de inteligencia, pleno sentido del límite formal, y acción. En ambos la fantasía produce el juego de los espejos y la ráfaga del encanto. Es, quizá, la más difícil de las aventuras escritas, porque se trata de volver al origen del instinto, tomar a Caín y cambiar la quijada de burro por



Mayor riqueza

AGROPECUARIA

Significan las realizaciones del Consejo Nacional de Producción:

- ◀ Servicio de Maquinaria Agrícola
- ◀ Caminos de Acceso
- ◀ Fianzas a los Productores
- ◀ Semillas Seleccionadas
- ◀ Compras a precios de soporte
- ◀ Plan Pesquero Nacional
- ◀ Plan Avícola
- ◀ Respaldo a la Ganadería
- ◀ Ayuda Técnica

Consejo Nacional de Producción

Consideraciones acerca de la importancia práctica de la obra de arte

Por Alfredo Vincenzi

Una amiga nuestra, adoradora de la Ciencia y de sus espectaculares resultados prácticos, nos decía el otro día: "No hay duda de que leer versos o contemplar una pintura es una cosa agradable. Pero, ¿qué utilidad práctica tiene ello? ¿Acaso sirve para algo más que entretener nuestros ocios?" Y nos brindaba una frívola sonrisa desdeñosa... Otro amigo, alto empleado de una gran empresa, nos observaba hablando acerca de

Italia (olvidando por completo a Barconi, Broca, Galileo, Pontecorvo y otros eminentes hombres de ciencia) que apenas sí había producido músicos y pintores, con un dejo de desprecio mal disimulado. Una tercera persona nos sostenía, con fiereza, que el literato es poco menos que un paria social, vagabundo, harapiento y receptáculo de todos los vicios. ¿Y qué de bueno (o de útil) se puede esperar de tales sujetos?

Esas personas que nos expresaron su pensamiento con franqueza no hicieron sino repetir lo que está en la mente de una gran parte del conglomerado social, en nuestro país como en todas las naciones, y en nuestro tiempo más que en ninguno.

Todo esto plantea una interrogante: ¿Qué utilidad real, es decir, que llene una necesidad cotidiana, ofrece la obra de arte?

una rosa envenenada. Tocar, en suma, el eterno tema de la maldad, pero con tal arte que parezca nuevecita la hazaña, acabada de nacer en originalidad y sorpresa. ¡Casi nada!

Pero hablemos de las obras maestras. En 1940, Jorge Luis Borges preparó, en unión de Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares, una soberbia **Antología de la Literatura Fantástica**. De este libro se han hecho varias ediciones y sin embargo sigue siendo el quebradero de cabeza para muchos lectores, que no lo encuentran en librerías de nuevo o de viejo...

De mí sé decir que sólo su título produjo desazones sin cuento, y que lo busqué y rebusqué sin hallarlo. Hasta que por fin mi amigo el joven poeta Juan Bañuelos, que tiene olfato detectivesco para los libros sin huella, lo encontró y me lo trajo como un hallazgo triunfal.

La antología de fantasma y misterio es tarea ardua, y sin embargo la selección se impone. Figuran no solamente

los clásicos como Poe, sino los místicos como Swedenborg. Y saltamos de los escultores de la imaginación — como Chesterton — a los terroristas de la escena como O'Neill, y a los metafísicos como Carlyle.

Un autor casi desconocido en América, como no sea para las élites, es W. W. Jacobs. Pues bien: este humorista inglés ha producido una de las grandes obras maestras de la literatura fantástica en el mundo, con su cuento **La pata de mono**.

La pata de mono, de Jacobs, reúne las características fundamentales del género fantástico. Género que no es detectivesco, ni policíaco, ni deductivo. Faena que consiste en enseñarle un sombrero al público, meter la mano y sacar un conejo. Aplausos. Ya se sabe que existe el truco, en este caso lo inverosímil. Pero lo que se aplaude es el arte de escabullir la lógica, o de someterla a los imperios de la emoción.

Bioy Casares, que escribe el prólogo, advierte con sagaci-

dad, aunque no con rigor, que el escritor de fantasías deberá considerar su trabajo "como un problema que puede resolverse, en parte, por las leyes generales y preestablecidas, y, en parte, por leyes especiales que él debe descubrir y acatar".

En rigor, decimos, esas leyes no existen. Lo que existe es la intuición, la adivinación. No existe nada más difícil que escribir un buen cuento fantástico, o de misterio. Son trabajos de síntesis y de absoluta reflexión. No caben los accesorios, y el tema, el asunto, debe gravitar en el centro de un círculo mágico. No se escriben a menudo estos argumentos raros, extraños, luminosos y fugaces como meteoritos que atravesasen la mente. Los profesionistas del misterio, los que centuplican los títulos de ventá fácil, los que tienen casa propia con jardín gracias a los pagos de derecho de autor, no suelen escribir estas joyas de la imaginación, estos impresionantes destellos de la fantasía. Se les admira por la fecundidad,

Por otra parte plantea otras interrogantes marginales que se refieren a la orientación sociológica de lo bueno, de lo útil, de lo necesario, y de los valores sociales y su justo pago en el mercado de las actividades remuneradas. Pero esos problemas planteados, que son propios de todas las naciones, se agudizan en los países sub-desarrollados, como el nuestro, que no viven sino del reflejo prestado de la luz de las grandes naciones que conducen el orbe. Por esto mismo nos llaman "países satélites" y nos dicen que estamos dentro de ésta o de aquella órbita.

No hay duda de que la ciencia y su hija legítima la técnica, tienen fascinado al mundo con sus resultados cada vez más fulgurantes en el campo exclusivo del dominio de la materia para nuestro uso y mejoramiento de vida y otras cosas generalmente aceptadas como útiles. Además, la técnica, una vez descubierta por algún hombre de genio, es a su vez, fácil de repetir para cualquier hijo de

por los métodos del razonamiento, por la perfección con que planean sus crímenes y por la fría y hasta perversa solución. Pero el asombro entero, el estremecimiento ante lo maravilloso, huyen de sus estilos dominados.

Un purista como Joyce, un intelectual tan geométrico como Borges, pueden, en el momento preciso, descargar sobre el lector una batería de acumulaciones emotivas. Y Maupassant, con su "¡Dios mío, Dios mío!", produce más efecto que la señora Agatha Christie y su bazar de policías y perseguidos. Pues sucede que sobre el arte de la técnica, de los modos, de las planteaciones, está el arte de emocionar a través de la vehemencia espiritual del lenguaje, está eso tan fantástico, tan misterioso, tan divinamente inútil que es producir miedo, miedo auténtico, con unas cuantas y definitivas palabras. ¡Hacedlo vosotros, y si dais en el clavo, barreré el polvo con mi admiración!

vecino. He aquí la más grande ventaja que tiene sobre las artes. Casi todo el mundo se puede dedicar a la técnica.

Pero aquí una aclaración: si hablamos de las artes, no nos referimos tan sólo a las llamadas Bellas Artes que se enseñan, a quienes pueden aprenderlas, en las Academias y Conservatorios. Nos referimos también, quizá con más énfasis, a sus humildes hijas y nietas: las artes del colorido, de lo textil, de la ornamentación arquitectónica, de la imprenta, de la música radial, de los cosméticos, del maquillaje, y en fin, de todas esas menudencias que llenan nuestras vidas y no son más que aplicaciones, en el campo existencial de lo concreto, de las Artes Mayores.

Y entonces le contestamos a nuestra amiga: Difícil es demostrar la utilidad de algo que no comemos o no bebemos, ni nos calienta, ni nos cura, ni nos transporta cómodamente a velocidad supersónica. Pero si ello es difícil, es más

fácil hacer, en lugar de una demostración, una "mostración". Supongamos, le dije, que por un fenómeno desaparecieran de San José todas aquellas cosas y productos que tienen su origen en el arte o artificio: que se cayera la pintura de las casas, que se destruyeran los discos que sólo pueden ejecutar los músicos; que nadie fuera donde el peluquero; que los vestidos se hicieran de un solo material sin pintar, sin adornar, sin cortar de acuerdo con la moda: que todo lo que fuera pintura, color, diseño, forma, desapareciera. Que no hubiera literatos haciendo periódicos; que la cortesía entre las gentes se esfumara ya que no es sino una convención o artificio; que usted misma no se maquillara para recibir a los amigos... ¿Qué quedaría en pie de la ciudad? Algo muy parecido al fantasma de Hiroshima después del estallido de la bomba atómica. Pero la tenaz amiga, con el deseo de que nos comiera el tigre, nos respondió: "Ah, pero esa hipótesis no tiene gracia ya que us-

ted está hablando de las aplicaciones "prácticas" de las Bellas Artes". En esta encrucijada sofisticada que su intuición astuta atravesó en el camino de mi dialéctica encontré una grieta en su fortaleza de granito: Ya veo que usted ha encontrado por sí misma aplicaciones prácticas a las bellas artes, le riposté. Y a continuación: ¿y qué es, entonces, la técnica, sino la aplicación práctica de los resultados abstractos de las ciencias? De la misma manera que la decoración de un edificio está en la mente del arquitecto, así estaba, virtualmente, la bomba atómica en la mente "soñadora" de unos filósofos que se llamaros Demócrito y Leucipo. Y así estaba en la mente de Einstein quien tuvo que acudir a colegas más técnicos para que le ayudaran en el desarrollo de su genial concepción. En el fondo, querida amiga, hay un vínculo muy estrecho en el razonamiento que exige cada producto de la mente humana. No hay sino casilleros y etiquetas para clasificar diferentes frutos de

un mismo cerebro.

A la sazón, como comprendiera que estaba algo mal parada y que había perdido algún terreno, declaró que las artes podrían ser más o menos útiles pero atacó a sus calumniados oficiantes: "todas esas leguleyadas tuyas están muy bien, pero los artistas son, por lo común, gente detestable. Se pasan ociosos, bebiendo licor y en una vida desordenada que no conviene a una persona que cuide de sus relaciones, de su posición..."

Ya algo irritado por su pertinacia le contesté: ¿Por un Rubén Darío adicto a las bebidas espirituosas cuántos hay que beben cada día sin ser precisamente hombres notables? Los vicios no son exclusivos de un solo gremio ni de una sola clase de personas.

Pero dejemos ya a nuestra querida amiga, quien terminó ofreciéndonos una magnífica taza del mejor café, y sigamos enredados en el ovillo de la utilidad del arte.



PILSEN

SABROSA ES POCO !



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegro dos veces.



El triunfo del Partido Civilista

Por Ramón Medina Medinilla.

Nació en la ciudad; arraigó en ella como planta en su maceta. Larga y honorable fue su vida. En la iglesia de la ciudad lo bautizó el cura; en ella recibió la primera comunión y, en pomposa visita pastoral, allí lo confirmó el señor Obispo. Durante años, domingo a domingo, a la iglesia llegó a cumplir el consabido mandamiento.

Una buena anciana que tenía escuela privada le enseñó, a su debido tiempo, la lectura, la escritura y la Doctrina Cristiana. Salió aplicado en la instrucción: mucha retentiva, soltura de palabra —y con estas condiciones, mediante examen, entró a servir de maestro de escuela, profesión de toda su vida. A los veinte y tantos, ¡quien lo creería!, encontró novia y se matrimonió, claro, por la iglesia. Vinieron los hijos y fueron creciendo; todos hombres y mujeres de bien: un sastre, un carpintero y tres buenas amas dedicadas a los oficios domésticos.

Tres generaciones aprendieron bajo la férula de don Meli, don Melitón López y Pérez: maestro de vocación, buen cristiano, excelente padre y abuelito.

En su ancianidad don Me-

litón era robusto, gordo, rebotante de salud; espalda ancha y jorobada; rostro indio, moreno, lampiño. En su usual indumentaria sorprendían tres prendas: el sombrero "tirolé"; la amplísima levita, abotonada hasta el cuello hiciera frío o calor, y el grueso bastón retorcido, en la mano, o colgando del antebrazo. Tal indumentaria constituía parte sustancial de su técnica pedagógica: significaba distinción, respeto de la propia persona, caballerosidad, disciplina y autoridad.

Después de más de medio siglo de afanes escolares don Meli obtuvo su retiro con muy escasa y bien ganada pensión.

Hombre sensible y de imaginación un tanto exaltada, en sus ratos de esparcimiento se dedicaba al arte literario: prosa y verso.

Para bodas, discursos floridos; filosóficos y cristianísimos, para los entierros; disertaciones brillantes —de sudor— dedicadas a la Patria, en el quince de setiembre; alocuciones políticas, con mucho de Olimpo y gorro frigio, con que don Melitón López y Pérez contribuía, acaloradamente, a la propaganda del Partido Civilista encabezado por su único jefe, don Rafael, el Gallito de Lata ¡Ah, y ver-

dos! Versos en álbumes de señoras y señoritas de la sociedad, a más de incontables loas para las niñas hijas de María que en mayo le recitaban a su Reina florida.

Su honradez y sentido de la justicia hacían de don Meli persona muy solicitada para pedirle consejo. Nadie como él conocía las mil calamidades de los pobres de su ciudad, que formaban la mayoría de la población ¡Ah, si él pudiera remediarlas.....! Lo intentaba dando ejemplo; haciendo caridades hasta quedarse sin un centavo; con sus pláticas, recriminando a los ricos avaros y, sobre todo, con su idea fija del triunfo del Partido Civil que acabaría con la miseria en toda la república.

Un mal día don Melitón amaneció enfermo, grave. Le trajeron al padre; le administraron los santos óleos. No le trajeron médico. "¿Para qué? ¡De algo tenemos que morirnos alguna vez!". Seis días estuvo sin conocimiento y delirando. Pero en esta ocasión no le fue a ver la cara a San Pedro.

Tras una rápida convalecencia volvió a andar por las calles. La enfermedad le había perturbado hondamente

do en todo, hasta en nuestras más audaces "ideas", el arte y todo lo que a esta actividad concierne ocupa un importante lugar en el presupuesto oficial. Se considera que un buen pintor, por ejemplo, debe ganar, por lo menos, lo que un

su gastado cerebro: dijeron que don Melitón había quedado loco. Lo dijeron porque al anciano le dio la chochera de andar contando que había hecho un viaje al otro mundo. El único viaje que realizó fuera de su país. A quien quería escucharlo se complacía en contarle su estada en la eternidad. Y el cuento siempre terminaba con un mismo acontecimiento, importante, según don Melitón.

—¿Y eso, don Melitón?

—No fue sueño, se lo aseguro. Cosas que hace Dios. De pronto me ví montado en una yegua pasitrotera, blanca como la espuma del jabón; iba por una calle real plana, ancha y resplandeciente de sol como en día de verano.

—¿Y?

—Caminaba a caballo de lo más contento; por cierto que iba estrenando levita y tirolé. Respiraba un viento fresco y puro; oía cantar muchos pájaros... De pronto, me voy topando con Panchito. ¿Se acuerda usted de Panchito?; aquél pobre ciego que pedía limosna en las puertas.

—Ah, sí.

—Detuve la yegua, lo saludé y como de costumbre, me metí la mano al bolsillo para darle unos centavos. Y me voy hallando que no tenía ni medio... Panchito se me acercó sonriendo, como si adivinara mi apuro, y me dijo: "Dios se lo está pagando, don Meli; ya está usted de este lado. Vea qué cosas: ahora tengo los ojos buenos y aquí no se necesita ni dar ni pedir limosna. Aquí es como allá, si allá hubiera triunfado nuestro Partido Civilista y el único gallo que cantara fuera el Gallito de Lata. ¡Viva don Rafael!, le contesté".

Así terminaba el cuento el pobre don Melitón López y Pérez.

En un país tan positivista como Inglaterra (¡Ah! la cultura Europa...!) no cambiarían a Shakespeare por muchos millones de libras. Ni a Leonardo, en Italia. Ni a Goya y Cervantes en España. Pero es que en los países cultos de verdad,

la utilidad del arte ni se discute siquiera. Verían como a un cafre a quien lo hiciera. Y en todos esos países que dirigen intelectual y materialmente al mundo en el que nosotros somos apenas pálidos epígonos que vivimos de presta-

hábil telegrafista. Se considera, en la misma forma, que un gran país está representado internacionalmente, en primer lugar, por sus científicos, filósofos, artistas y hombres de letras.

Reflexiones sobre la Muerte

A la nobilísima dama doña
Anita G. de Vargas Coto.

Por ALEJANDRO AGUILAR MACHADO

— III —

En la quietud de uno de los días grises en que los cristianos se recogen a meditar en la pasión y muerte de Jesús, acuden como en vertiginoso vuelo, los más variados pensamientos sobre el problema, siempre complejo, de la extinción de nuestro ser temporal.

¿Por qué ha de morir lo que henchido del soplo de la vida hizo patente su existencia al cumplir a cabalidad un singular destino? ¿Por qué ese mismo destino desvanécese, como las hojas caídas que el viento levanta ahí, para lanzarlas al espacio indeterminado? Será que todo ha de morir para renacer después, a efecto de que desaparezca la trágica escisión que separa, como entre abismos, a la vida de la muerte?

En verdad, no puede afirmarse que exista diferencia alguna entre la vida y la muerte. Ambas se integran en el proceso de la existencia, cuyo enfoque en el plano histórico, que es el del tiempo finito, se ha llevado a cabo ya, en las modernas tendencias filosóficas en forma exhaustiva. Nótese que sólo aludimos al tiempo finito, así sea el primordial, que se temporaliza en el futuro, tal como lo asevera Heidegger. Pero, nada nos dice el prestigioso filósofo del existencialismo de la proyección del tiempo en el ámbito del más allá . . .

Al viajar por algunas calles de la majestuosa Roma, no lejos de sus históricas murallas,

medio derruidas al golpe de las invasiones y de los siglos, se pueden contemplar los restos de muchos mausoleos en los que todavía figuran en medallones la efigie de las personas que alcanzaron allí su enterramiento. Los viajeros pasan y pasan cerca de tan augusto sitio, y apenas si miran furtivamente los respetables vestigios. Ante aquellos mudos testimonios de tantas y tan históricas desintegraciones familiares de la vida romana, nosotros meditamos en el dolor que en su época hubo de acumularse en esas fosas, ahora vacías, y pensamos en el momento dramático en que con honda ternura y pesar indecible, los deudos sobrevivientes depositaron en dichas tumbas, los despojos mortales de sus inolvidables parientes y amigos. Hoy, ¿qué vemos en los sitios menciona-

dos? Restos, meros restos de tumbas y de inscripciones y de esculturas, deshaciéndose a la vera de los caminos públicos transitados por una muchedumbre, para la cual aquellos recuerdos nada dicen, y apenas si logran, despertar una mirada de ocasional curiosidad en el apurado transeúnte que se detiene unos segundos en su contemplación.

Así destruye la vida cuantas culturas y civilizaciones van pasando, como ondas cuya densidad dura minutos en la marcha del tiempo. Ellas se incorporan para desvanecerse luego, en esa condena en la que cada ser, cada acontecer y cada hecho, pierden su propia fisonomía, es decir, su realidad sustantiva. Pero, ello no obstante, ha de pensarse que lo íntimo y singular no muere no puede morir. A-

qui, en este aspecto inefable puede encontrarse el mejor testimonio de la presencia espiritual.

El ámbito físico, en donde se producen todas las concreciones de la temporalidad, es un marco de oportunidades en las cuales el espíritu va tejiendo sus formas o aquellas estructuras con las cuales las diferentes ciencias consiguen sus más valiosos soportes.

En lo singular, en los procesos de individuación, ahí mismo es donde se recogen, sin duda, las esencias espirituales, asequibles tan sólo a los poderes de la intuición, método este del conocimiento que logra rebasar los límites de lo meramente conceptual.

Lo que es realmente espiritual rehuye las generalizaciones; no puede estrecharse en las magnitudes físicas ni en expresiones formales que alcanzan vigencia en todas las latitudes. Lo espiritual es irreductible; como un lenguaje acabado se cierra en sí mismo.

Según Kant, "dos cosas llenan el alma de admiración: el cielo estrellado sobre mí y la ley moral en mí".

En el cielo, la belleza se hace presente con su poder cautivador; pero, la realidad de ese cielo es sólo aparental; no pocas de las estrellas que todavía fulguraban en la bóveda celeste y cuyo titilar nos conmueve, han dejado de existir cuando su luz apenas comienza a llegar a nuestro planeta.

En la ley moral, que hubo de preocupar al autor de la crítica de la razón práctica, si podemos percibir el resultado de un cosmos que no puede ser el físico. Desde ese hontanar de vida emergen los valores y los fines. Y aquí mismo, en ese torrente, siempre creador, es donde el verbo, que es espíritu, hace oír sus acentos inconfundibles y aflora en perpetuo rejuvenecimiento, lo singular.

En aquella tela inconsútil, los genios y los héroes y los santos, escriben el poema victorioso del Ser, sobre los despojos del no Ser, despojos que amortajan con las rígidas y frías fórmulas de las generalizaciones.



Sépalo y Olvídelo

Por Francisco Gamboa Guzmán

Prometí hablar de las lenguas: "Antes se puede esperar la enmienda del necio que del locuaz", dice el libro de los Proverbios. ¡Profunda verdad! Y dice más: "El insensato habla luego cuanto en su pecho tiene; pero el que es sabio no se apresura, sino que reserva algunas cosas para en adelante". "La muerte y la vida están en poder de la lengua". "El vientre del hombre se henchirá de los frutos de su boca; y saciarse ha del fruto de sus labios".

★

"La muerte y la vida están en poder de la lengua". Eso mismo pensó Esopo cuando escribió la fábula del esclavo a quien su señor pidió traer el mejor plato que hubiese en el mundo, y el esclavo trajo lengua; mas cuando le pidió traer lo mejor del mundo, trajo lengua también. Y es que la lengua bien llevada, o bien administrada, puede hacer todos los bienes de este mundo: dice la verdad, proclama la justicia, defiende la belleza, lleva esperanza y consuelo al necesitado, critica con mesura, alaba sin pompa. "Son como agua inagotable y profunda las palabras que salen de la boca del sabio".

★

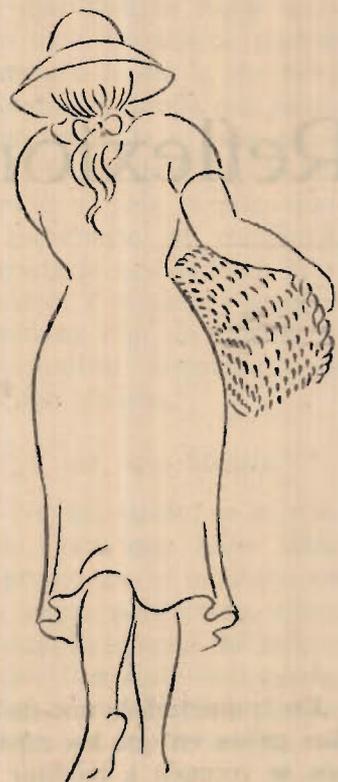
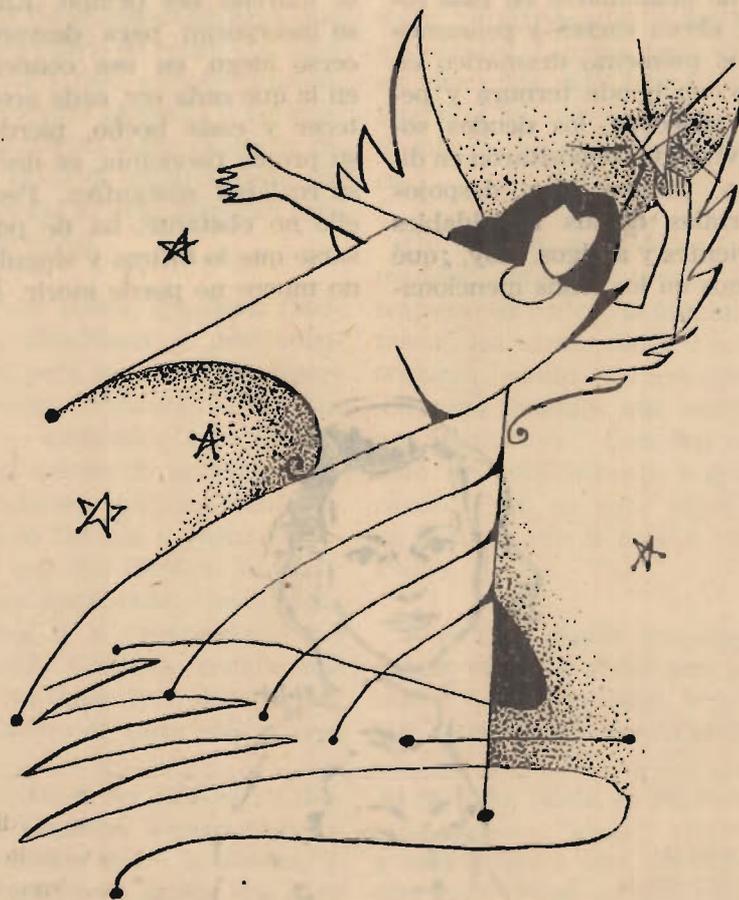
De todos modos el sabio habla poco. Debe hablar poco: "De toda ocupación se saca provecho; pero del mucho ha-

blar, sólo miseria". Hay otra sentencia igualmente sabia, que no he podido encontrar hoy, en la que se afirma que al mucho comer siguen sueños molestos, y en el mucho hablar no faltarán sandeces. El sabio habla poco, y luego de meditar mucho.

★

En cambio el necio, ¡Oh Dios mío! ¡A cuán insondables abismos puede precipitarle su majadería! Adverti-

mos que de ese mal padecemos todos en mayor o menor grado. La mala lengua es vehículo de todos los males: emponzoña las amistades, esparce la calumnia, acoge la murmuración, pronuncia la injusticia, ama la falsedad, alaba a desatiempo y con grandes voces. Tanto perjudica por decir mentiras e injurias, como por alabar con falta de sinceridad. Sostengo que la verdad muy difícilmente puede perjudicar, pero que el elogio inmerecido es un veneno mortal, porque



alimenta una de las peores pasiones: la vanidad, ¡huyamos de los aduladores! ¡No hay peor plaga sobre la tierra!

★

"Aún el ignorante, si calla, será reputado por sabio". Los habladores están en las esquinas: detienen el tráfico para que se oiga su palabra venenosa y estúpida. En el trabajo entorpecen las labores con sus gritos de chachalaca: todo el día calumniando, intrigando, haciendo injurias. ¡Librenos Dios de la lengua viperina! Creo que el deslenguado tiene tantas probabilidades de llegar al cielo, como el rico de que habló Cristo.

Finalmente, tengo que decir que mi profesión es hablar: "Oh señor, padre mío y dueño de mi vida! No me abandones a la indiscreción de mis labios, ni permitas que yo me deslice por causa de ellos" (Ec. 23). Esa debe ser mi oración de todos los días. No me sirve de mucho, pero quisiera regirme por ella. Todos deberíamos hacerlo, mas la lengua tiene un demonio dentro. ¡No les ha ocurrido a ustedes, amigos, encontrarse de pronto diciendo lo que no querían? Maldita sea la lengua. La mala lengua.

(Tomado de "La República")

Fantasia

Por María Antonieta Castro Monge

¡Ahí el mar! ¡el mar inmenso y profundo! Únicamente escúchase el murmullo del oleaje al chocar en las arenas...

La blanca espuma de las olas se mece en un suave vaivén, ¡minutos plenos de quietud!

¡Luz, armonía...!

Está el cielo cuajado de hermosos celajes anaranjados, tenue, vagamente se pierden en el horizonte.

Enjuto, raídas las ropas se encuentra Vitalino. En silencio contempla el aspecto imponente del mar. Solo, en la penumbra del atardecer; envuelto en el misterio embriagador que traen consigo las noches que nacen junto al mar.

Ahora, sentado en la playa, con sus grandes ojos negros bañados de tristeza, escudriña la noche, la preciosa noche estrellada... Tic-tac - tic-tac, es el ruido de su viejo reloj, tic-tac - tic-tac, ¡son instantes!, ¡son minutos! ¡es vida!

Luego también el mar que me hace soñar, que me lleva en alas de la fantasía, que pasa...

Y es el murmullo que brota de las olas tiene, suave, pequeño, se agranda, una deliciosa melodía invade la noche... ¡Qué es la vida? ¡Mi vida? ¡Qué soy yo?

Yo, un pobre hombre, no más.

Mis anhelos, los deseos de grandeza ¿dónde están? ¡Y las circunstancias?

Mi madre... todo un poema de amor, de ternura. Mamá, ¿Por qué tuve la desgracia? ¿Qué fui yo sin ti, qué soy?

Apenas un vago recuerdo: alta, esbelta, de encantadores ojos azules, ¡profundos como el mar!

Papá, negocios y más negocios. Después de un tiempo lo perdí en un accidente automovilístico.

La mañana rosada y tibia de los últimos días de mi infancia desapareció por completo.

Frente a frente con la vi-

da, dura, frívola, triste. Solo en el mundo, ambulante por las calles; sumido en los recuerdos. Sin embargo fue, es, la amarga realidad.

Junto al mar..., la luz diáfana de las estrellas baña la blanca espuma de las olas...

Yo, el pobre Vitalino, el burlado, el enjuto, envuelto en una atmósfera dorada a la luz de las estrellas. Y el mar, el cielo, las estrellas, la espuma de las olas, las arenas, me me traen un mensaje de paz, de ensueños. Pero... ¿y no es ésta vida? Vivo minutos plenos de emociones, de felicidad. Mi vida en estos instantes es buena.

Felicidad... ¿y es que no pueden transcurrir así mis



CENTROAMERICANA

Una revista cultural, independiente, dedicada a los cinco países de Centroamérica y Panamá, cuyo único objeto es fomentar una mayor confraternidad entre ellos mismos, procurando a la vez que sean mejor conocidos en las demás naciones del Continente.

CARMEN SEQUEIRA

Directora-Editora

Chimalpopoca 34

años hasta el fin? ¡Oh sí, sí, debo conseguir la dicha, ¡puedo!

Alta, blanca, esbelta, de encantadores ojos azules... ¡mamá! ¡Un recuerdo!... ¿es posible? ¡es mi madre que siento entre la blanca espuma de las olas!

Vitalino... debes, puedes ascender...

Hijo del alma, ¡sal de tu letargo!

Mírame, báñate en la luz de amor que mis ojos te brindan. Es tu madre que te quiere, que desea tu dicha. Así, así, sumergido en el amor que te profesé, en el amor inmenso de una madre, ¡escúchame!

Las cumbres de la paz, de la buena vida, de la perfección, de la felicidad se conquistan y solo las almas valientes llevan a cabo tales conquistas ¡Adelante, valor!, te costará pero serás dichoso.

Sueñas muchas cosas, mas la realidad es muy distinta, anhela entonces superación moral.

La vida es dura, tiene muchos sinsabores, tristezas, ¡no es el triunfo lo que importa, es el esfuerzo!

Hijo querido, piensa en la blancura de las cumbres, en el derroche de esplendor que las rodea. ¡Adelante, valor! Así, así, sumergido en mi recuerdo, ascíndelas valerosamente.

Silencio...

¡El recuerdo! ¡fue mamá!

Paz, luz, armonía en mi espíritu.

¿Quién soy yo? Un Vitalino nuevo, transformado, ¡mi dulce mamacita me ha salvado! Gloria a su recuerdo, a los sabios consejos que supo inculcarme cuando era aún pequeño, y que hoy al evocarlos me han enseñado a conocer la verdadera alegría de la vida.

En mi voluntad el más grande tesoro terreno ¡la paz del alma y la felicidad!

Dos gruesas lágrimas corren por sus mejillas. Se aleja y se pierde entre las calles solitarias de la ciudad dormida.

Poemas de Fernando

DANZARINA DEL SOL

Danza tu pie para el claro sacerdote
y la mujer que yace junto al hombre.

En la voz y la pupila despiértanse las cosas.
El mundo es una isla poblada de palomas.

Danza tu pie junto al viento segador de la hierba,
(el que hace de la nube alta viajera).

Danza tu pie sobre los ríos,
como un cisne delgado sobre el vidrio.

Danza tu pie junto a la llama
y no es en su fuego consumido.
Eres fuego y eres llama.

Pequeños animales, silenciosos,
te miran danzar en la llanura.
Libélula de oro.

Nostálgica de cielo,
de sus reinos descendida.
Luminosa, vertical danzarina.

Danza tu pie multiplicado
sobre el tapiz profundo de los campos
y hay simiente que besa tu sandalia.
Bienhechora es tu danza.

Mariposas y pájaros de aire
vuelan de tu traje . . .

Tú, que eres alto y esperado goce,
danza para el claro celebrante
y la mujer que yace junto al hombre.

Danzarina de pies y cuerpo diurno,
¡danzarás, inmortal, hasta la noche
bebedora de danzas y crepúsculos!

NARCISO ADORANTE

Los pájaros vinieron hasta el agua
a humedecer sus voces.
El río tallaba el rostro de las piedras
o esculpía en ellas sus canciones.

La montaña descendió junto a las aguas
escultoras del rostro de las piedras.
La montaña miró sus frondas fugitivas . . .
y al río le pidió devolvérselas.

Los corzos bajaron desde el bosque
para mirar sus astas.
La grácil silueta sobre el río
era una barca elástica . . .

El árbol contempló su miedo en los espejos
móviles . . . y recogió sus ramas,

como la cabellera
de una joven que se baña.

Las liebres vinieron a la orilla
y, tímidas, miraron otras liebres . . .
Ladraban junto a ellas
los galgos de cristal de la corriente.

Vino el hombre a contemplarse.
Vino el hombre,
y adoró la imagen
del escultor de rostros y canciones . . .

HACEDOR DE SUEÑO: ANESTESISTA . . .

En alburas y sangre sumergido
—caracol de espumas y de vodo—
en tus manos hay extraños filtros,
antifaces y máscaras de sueño
—las últimas, a veces, que vestimos—
mascarilla de los muertos,
en rostro adormecido . . .

¡Oh mágicas visiones
naciendo de tus dedos! El hombre primitivo,
que grita al contemplar el mundo
y se estremece al escuchar su grito.

Laboratorios cósmicos y fábricas
del hombre . . . Mares de aluminio
y peces que miran a los astros
con los ojos redondos como discos.

En tu mar, grávidas redes
aprisionan un genio sorprendido . . .
La ostra-araña, teje red de perlas.
Los corales fabrican submarinos.

¡Visión de los naufragios!
Mensaje diferido
del ahogado . . . Capitanes que dan órdenes
a una tripulación de inmóviles marinos
y peces antropófagos . . .
Gaviotas sollozantes abandonan nidos.

Y surgen —extraña taumaturgia—
la ardida desahudez de los estíos,
doncella-Primavera, Otoño-moribundo,
Invierno-lobo de gélidos aullidos.

En cielos de algodón y mariposas de éter,
vas creando paraísos
con aves florecidas en el viento
y un Adán arrepentido.

El nacimiento exacto de las horas
lo aprendes en el pulso, tenue río.
Y tú, que en alburas y sangre permaneces,
como si la vida te hablara en el oído
enumeras de pronto los ángeles que pasan por el sueño,
y construyes al hombre como a un dios primitivo.

Centeno Güell

EL HEROE

Por el soldado oscuro,
el que mordió la tierra con labios que besaron
auroras en la madre y el hijo.

Por el soldado sin árbol genealógico terrestre,
el que soñó que era la guerra lucha de empecinados ángeles.

Por el que tiene las botas como negras raíces
sembradas en el lodo
y una mano en la boca para acallar el grito
que despierte a los que yacen junto a él.

Por el soldado anónimo que dijo:
la piedad no es limosna de los dioses . . .
y sollozó antes de abrirle el pecho a su enemigo.

Por el soldado que soñó fusiles
que ignoran la pólvora y la sangre,
(¡oh rifles de los niños!).
Por aquel inédito guerrero
que envió la muerte como un sonoro abrazo.

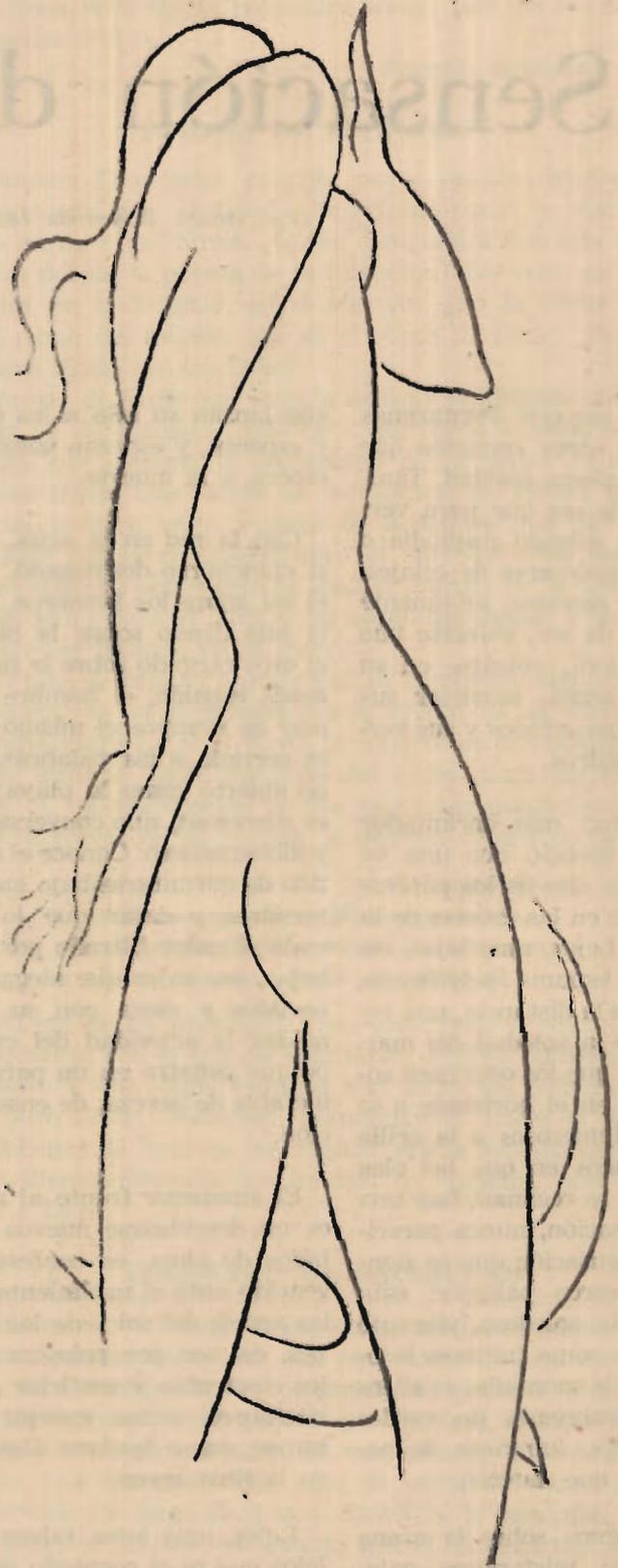
El que lanzó la flor colérica de fuego,
clavel heróico
en el ojal de la guerrera combativa.

Por aquel que supo sonreír a las hetairas
que marchan detrás de los ejércitos
para saciar urgencias de varón,
para tornar mentira de ciudades
los vivaques.
Para besar la muerte futura del soldado.

Por aquel que vió destruidas la choza y la ciudad
con el canto de un ave apocalíptica.

Por el soldado ausente en la lista de los héroes.
El que és y permanece
como la columna y los himnos.

Por el soldado oscuro
que con la ardiente medalla de su sangre
condecoró su pecho en llamas.
La noche cubrirá su desnudez de estatua
y el sol coronará su sien
para el dolor y la luz predestinada.



LA POESIA ETERNA

MOISES

De perezosas sierpes negra trama
finge su luenga barba retorcida,
y es su frente a la cumbre parecida
que el sol calcina con eterna llama.

El pensamiento que al Señor proclama,
al partir de su lengua conmovida,
como un gigante con la sien herida
lleno de furia se refuerce y brama!

Sus fuertes nervios el furor violenta
cuando de Dios numera los agravios
de aterradora majestad cubierto...

Hay en sus ojos brillos de tormenta
y parece que viene de sus labios
un soplo retumbante del desierto.

JUSTO A. FACIO

Tomado de: "Mis Versos".

San José, Costa Rica, 1894.

Sensación del Mar

Por Arturo Echeverría Loria

Puede ser que Puntarenas no tenga otros encantos que el de su misma fealdad. También puede ser que para verla, en el soleado mediodía o en los atardeceres de celajes, hay que cambiar totalmente de modo de ser, volverse uno hacia afuera, volcarse en su seno de arena, acariciar sus dorados tamarindos y sus verdes almendros.

Nada hay más encantador que ese silencio que uno veirse en las alas de los pájaros marinos o en las crestas de la espuma. Lejos, muy lejos, como una espuma petrificada, blanca en la distancia, una vela rompe la soledad del mar. Cada vez que los ojos caen soñolientos en el horizonte o se acercan temerosos a la orilla de la playa en que las olas cansadas se reclinan, hay una rara sensación, nunca parecida a la sensación que se siente ante otros paisajes; esta es húmeda, soledosa, vibrante de ruidos como tumbos; la otra, ante la montaña, es silenciosa, sombreada de verdes inquietudes, luminosa de penumbras que mueren.

Los signos sobre la arena son como misteriosas palabras que no comprendemos, su significado lo descifran los enamomados, los ojos inquietos del albatros y el recuerdo añoso como tronco abandonado de algún viejo naufragio.

Todo es faro en el horizonte. Nada hay más extraño que una imaginaria torre de vigía, nada más trágico que un muelle bañado por la noche, obscurecido de sombras

que lanzan su hilo a las olas y esperan, y esperan como se espera a la muerte.

Con la red en el agua, con el chinchorro desplegado, con el sol sobre los hombros, con el hilo tirado sobre la ola o el saco cargado sobre la bronceada espalda, el hombre del mar es siempre el mismo, no es cerrado a las palabras, sino abierto como la playa; no es silencioso, sino conversador y dicharachero. Conoce el sentido de dormitarse bajo los almendros y dejar que lo invada el calor filtrado por las hojas, ese calor que niega los sentidos y ciega con su humedad la actividad del cuerpo que penetra en un paraíso inefable de pereza, de ensoñación.

El amanecer frente al mar es un descubrirse nuevos estados de alma, es confesarse vencido ante el nacimiento de las aguas, del sol y de las nubes, es ver por primera vez los elementos y sentirlos acariciadores como cuerpo de mujer, como lascivos abrazos en la tibia arena.

Lejos, muy lejos, talvez tan lejos que ni el recuerdo llega, hay en todo esto un renacer a los primeros días del mundo, de nuestro pequeño mundo que se quebró entre las rocas de una adolescencia y una juventud de tormentas. Cada gota de agua, cada grano de arena, cada tronco esculpido por su mano, es una sensación, es un tocar el alma, es un irse muy hondo a los días de la infancia. ¿Quién no recuerda la locura de correr descalzo jugando

con las olas?, ¿la de enterrarse en la arena que es como un anticipo a la muerte?, ¿la de tocar las olas y su espuma con el pudor que se tocan por primera vez unos senos de encanto? El mar es un sueño. un sueño de cadenciosas espumas, de aguas atormentadas, de rocas lejanas y de arenas acogedoras como la casa, como el hogar.

Puede ser que en cada viaje al mar un nuevo rostro se le descubra; no es el mar, son los mares que llevamos dentro de nosotros y que ante él, nos salen por los ojos, por los poros del cuerpo, resbalan por nuestras manos hasta tocar el agua que lo ha despertado de su sueño, de su sueño de siglos.

¿Es esa la sensación de eternidad? ¿Hay eternidad en un grano de arena? ¿La hay en ese paisaje soleado o lleno de nubarrones negros y de lluvia, cuando la tempestad, ese otro rostro del mar se descubre en las alas de los pája-

ros huidizos, que gritan a las gotas de la lluvia, y que se refugian entre las grises rocas de las lejanías? Todo está en el contenido de las palabras. ¿Eternidad? ¿Y qué? ¿Para qué sirve, si lo eterno es lo efímero, aunque parezca esto una contradicción?

En el fuego sobre la playa, crepitan los leños secos; se alza la llama contagiada por el vaivén de las olas, parece una ola incendiada que hubiere buscado refugio sobre la arena para morir en paz. Porque si hay paz en el silencio de como hay ira y exaltación en la tormenta. El fuego sobre la playa y las siluetas de los hombres junto a él, es el fuego del mar que da su espectral sombra a las aguas, es el reptil de la llama, que se deleita contorsionándose cerca de la espuma.

Luego al amanecer, humo y rescoldo. Ceniza sobre la arena, signos que no descifra el aire, y el silencio de siempre, ese silencio de sombras que hablan y gesticulan, de gritos de pájaros marinos, de velas que se deslizan en el horizonte, del marinero que pasa cansado, de las palabras que salen locas por las ventanas de las casas como huyendo de si mismas.

Puntarenas vuelve del sueño a la vida, y yo, de la vida al sueño del mar que no termina de enseñar sus rostros al aire de la mañana, tibia en el naciente calor del sol, y soñolienta en las tardes, inquietando el dormitar de los hombres bajo el tamarindo añoso o el verde almendro.

ESCUELA DE RELACIONES PUBLICAS EN COSTA RICA

Desde agosto de 1958 ha estado trabajando, en San José, la Escuela de Relaciones Públicas fundada por el periodista D. Gabriel Solera. En estos días está ofreciendo matrícula para el curso de Relaciones que dura 4 meses. Lecciones lunes y viernes.

Los informes se obtienen por el teléfono J-6267.—

Cuatro Páginas Inéditas de Porfirio Barba - Jacob

Damos hoy a conocer algunas páginas inéditas del gran poeta colombiano Porfirio Barba Jacob. Esta primicia la debemos a la gentileza de Eduardo Santa, quien es poseedor de gran parte de los archivos del Cantor de la Vida Profunda. El fragmento del poema que publicamos, según algunos entendidos, pertenece al "Solar de los Lulos de Oro". Nadie se explica cómo, pese a las altas calidades estéticas del fragmento, Barba Jacob se abstuvo de incluirlo en la versión definitiva. ¿O será acaso un poema diferente?

Incluimos también, con otras páginas en prosa, igualmente inéditas, el prólogo que el poeta preparó para su libro de poemas, bajo el título de "Claves" y que, por circunstancias desconocidas, Barba Jacob no dio a conocer nunca.

(FRAGMENTO)

Luna. Guitarra. Bozo incipiente,
novia ensoñada, ruta en la sierra,
vida en que fluyen mieles ocultas de la granada,
y entre jardines, grato martirio de la ilusión.
Un monte cerca y un mar lontano...
Un lecho de ascuas, un mundo arcano
y la hora bella de la impulsión.
Rútila estrella guíe tus pasos, joven errante.
Tu alma brava, tu brazo alerta.
Traspuesto el monte, cruzado el río y el mar sonante,
andando el tiempo la dicha es cierta
más adelante...

UN PROLOGO

CLAVES

El poema inicial de esta colección —"Acuarimántima"— fue escrito y publicado hacia 1909 y rehecho en años sucesivos, hasta lograr la forma actual. Tal como está, corresponde a los días que precedieron a mi expulsión de México en 1922. Después he carecido de tiempo y de reposo para trabajar en él.

Los demás cantos se hallan agrupados cronológicamente —hasta donde ello me fue realizable— con el objeto de que quienes se interesen por mi obra puedan seguirla desde su iniciación. Por eso incluyo aquí algunos versos —pocos, es verdad— de los cuales no estoy satisfecho.

El orden que he seguido en la disposición de los varios libros que forman este volumen provisorio corresponde a las etapas que me es dado determinar con alguna certidumbre dentro de mi vida; primero, balbuceo e incertidumbre; luego, desesperación, vicio, locura, nihilismo, intento de asumir torturas ajenas para el logro de nuevas modalidades del dolor humano; pero, sobre todo, conciencia obsesionante del giro fugaz de los días; y, por último, melancolía y algo como el alba de la serenidad.

Faltan en la colección hasta once poemas que creo fundamentales dentro de mi obra lírica. Mencionaré los siguientes, por cuanto se alude a ellos en algunos de los que van en este cuaderno: **Parábola del regreso; La tristeza del camino; La Dama de los cabellos ardientes**, etc. Faltan, asimismo, **En la muerte del poeta Porfirio Barba-Jacob; El laberinto; Divinas palabras** y varios más —aunque no muchos— que corresponden a los últimos años.

Formulo tal advertencia porque creo necesario hacer constar que los poemas aquí coleccionados no constituyen mi obra definitiva, ni por su forma, ni por su número.

Excluyo para siempre, claro está, no pocos que he abandonado por mi voluntad, por mi conciencia de artista, y que

nadie tiene derecho de recordar, puesto que yo los condeno a perpetuo olvido.

Bogotá, diciembre, 1927.

PUREZA DE INTENCION

Francis Thompson, el gran poeta católico inglés, compuso una oda a la castidad, que resplandece como la nieve incorrupta en las altas cimas. ¿Quién compondrá una oda que lo sea como es debido la pureza de la intención? Ser puro en el sentimiento, en el designio, en el ademán, ¿no es obrar acorde con el ritmo del mundo, que es el ritmo de Dios? ¿No es ya en cierto modo ser un Dios?

Pureza de Ruth que viene a espigar temblando de íntima ternura, y de Nausicaa que lava las ropas familiares, y de Cordelia que sostiene la ancianidad de su padre en abandono, y de María que coloca en la estancia de Efraín las azucenas de nuestro valle. Pureza de la madre que da el seno a su hijo, del labriego que abre el surco y mira vuelos de ángeles sobre la sementera de ilusión. Pureza de la torcaz que acarrea pajas para el nido, y del nardo que brota, y de la melodía que se difunde en el éter.

El que es impuro apenas podría figurarse cuán ardiente, cuán limpio se ve el mundo por el cristal de un alma pura: la alegría mora en él, y hasta la muerte es dulcedumbre, como un tránsito desde los linos del lecho hasta los linos del campo. A un adolescente de las montañas que veía el mundo así, a través de su pureza, le dice un cantor de América:

Tú que bajo de un árbol canturreas
vaga canción del céfiro aprendida,
cuerpo desnudo y alma sin temores
¡dame tus ojos para ver la vida!

Pureza de los propósitos, que eres amor a cuanto existe, concordancia con lo que es: sólo labios divinos pudieron hacer tu elogio. Y ese elogio resuena aún sobre los collados, como si el puro Jesús, elevando blandamente hacia la multitud las azucenas de luna de sus manos, dijera sencillamente:

—Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

VOLUNTAD DE SACRIFICIO

El filósofo William James, honor del pensamiento norteamericano, pedía encontrar "un equivalente moral de la guerra". Y, a semejanza del pragmatista, pedimos nosotros un equivalente moral del egoísmo que deprava el espíritu de la nación. Parece ya exhausta en este país la voluntad del sacrificio. Nos corroe sórdido afán de lucro, de ruines deleites, de gloriola que haga fácil la prebenda y la canonjía. Y si no reaccionamos contra ese estado moral, llegará una hora en que no queremos ni aun ser autónomos, porque la primogenitura no vale lo que un pozo de petróleo, una mansión palaciega con campos aledaños, o depósitos de miles de dólares en los bancos del extranjero.

Es preciso repetir, pues, en voz altísima y que sea como un clamor en medio del tráfico de los mercaderes: la existencia del hombre tiene un sentido más noble que la comodidad y la delicia, y quien no inmola algo de sí mismo en beneficio de los demás —algo de su tiempo o de su dinero— no es digno de la dádiva suprema del vivir, ni conoce la elevación, ni goza en la hermosura del espectáculo que ofrece a las grandes almas el universo del espíritu. La vida sin sacrificio es hartura.

De "El Tiempo", Bogotá.

El Tiempo del Absurdo

Por RENE HUYGUE

(Traducción de BRECHA)

ESO ha comenzado despacito, casi sin apercibirse, por pequeños e insignificantes hechos. Eso ha comenzado como el crepitar ligero de la llama con la cual empieza la hoguera del incendio, como el tumorcillo indoloro con el cual se anuncia el roer de un cáncer. Un Buen Día alguien dijo: "Esto es absurdo". Lo dijo quizá sonriendo. Aún no se sabía que se quemaría trigo en los fogones de las locomotoras o que se arrojarían los víveres al mar mientras que el hambre asólabá el resto del mundo; aún no se sabía que para asegurar la paz de los pueblos los hombres aprenderían a volatilar 150.000 de sus semejantes con una sola y modesta bomba. No lo sabía aún, no lo sabía. No, en verdad no; eso era un hecho sin importancia.

Un Buen día él lo dijo: "Es absurdo", como se raspa negligentemente con la uña la primera y pequeñísima mancha de moho que aparece sobre la máquina brillante. ¿Por qué se inquietaría él con este ligero absurdo que surge en el bello retrato de la razón universal? Este hombre vivía sin duda en el siglo XIX, en el siglo de la ciencia y del progreso, que siguió al siglo de las luces, de la razón. Sabía que estaba en el medio, exactamente en el centro de la creación y de su gigantesca complejidad, lo mismo que un leñador en la tupida maraña de una selva. Y que con el hacha de su inteligencia, paciente y metódicamente la desbrozaría, la descifraría completamente. Construiría allí las avenidas de su lógica como Luis XIV abrió las avenidas de su parque en el bosque de Versailles, o Haussmann sus grandes bu-

levares en la encrucijada empírica de las callejuelas parisienses. Para que todo fuera perfectamente claro y organizado no era necesario sino un poco de tiempo y un poco de empeño. Lo extraño y lo desconocido habían sido vencidos y sojuzgados. La razón se sentía llena de poderes ilimitados y no conocía sino obscuridades pasajeras.

(Sin embargo, Pascal, al borde del abismo murmuraba: "El silencio eterno de los espacios infinitos me asusta")...

Hoy el Hombre es expulsado del centro del mundo como si lo fuera de un paraíso perdido. No digo de ese centro geográfico de donde un día lo excluyó Galileo, sino de ese centro moral desde donde pensó irradiar su claridad hasta los confines de las sombras. Ya no hay piso bajo sus pies: el océano. Ni espacio para extender su mirada: la noche. Un mar tenebroso y enfurecido donde el hombre se agarra a la almadía de su existencia, a cada segundo amenazada de ser engullida por la enormidad de los acontecimientos, donde todo danza y se arremolina, fuera de la estabilidad perdida, donde por todas partes se abre el vórtice. La inteligencia excedida por aquello que entrevé, se acoge a lo irracional y lo absurdo y entre esos dos límites, transida por la sospecha de que solo de un modo empírico vive en el universo, privada de todo contacto con esa masa huidiza y líquida, carece de toda medida común a su naturaleza profunda e incognoscible. Casi físicamente el espíritu siente el malestar de esta navegación desesperada: el exis-

tencialismo la ha llamado la Náusea. ¿Muda la música de esas esferas en las que Cicerón creyó que nuestro oído apercibiría su esplendor si la costumbre no nos hubiera ensordecido! Disipado el espejismo de esta armonía suprema que cantaba el universo en movimiento ¿qué ultra-sonidos estridentes, qué chillidos inhumanos, qué aullidos de dementes, tan insoportables a nuestra lógica como a nuestra acústica encierra este silencio aparente? Queremos escuchar esa música, pero el temor de oírla nos hace temblar.

En este universo del que nos creímos los amos futuros, en este universo que por lo menos parecía sernos familiar, la ilusión se desgarró y se niega a nuestra intimidad; aparece extraño a nosotros mismos y rechaza nuestra comprensión. Nuestro pensamiento puede continuar horadando en todo sentido; no espera atravesar la luz; explora la noche inhumana como la estratosfera, como las grandes profundidades del mar y a cada paso el enigma rezuma más copiosamente a través de la pared. La ciencia, esperanza suprema del racionalismo, llevada vertiginosamente en la trayectoria de las matemáticas, desemboca por todas partes en lo "irracional", en lo infinitamente grande como en la infinitamente pequeño.

¿Rodeará la Razón al hombre con una delgada capa respirable a la manera de la atmósfera terrestre? Cuando el hombre se aparta un poco de sí mismo, titubea en lo ininteligible. ¿Volverá a entrar en su concha protectora? ¿Qué

abismo! Aún allá, la Razón se revela tan delgada como la corteza del globo terrestre y en seguida, encuentra el fuego interior de lo inconsciente, violento, invivible, donde se consume y volatila. El psicoanálisis abre temerosos fosos hacia esos focos ardientes donde fuerzas extrañas, inconfesables, disponen a escondidas de nuestros actos y de nuestros pensamientos.

En ese vértigo donde todo vacila, donde el hombre no tiene un punto fijo, externo o interno, ¿dónde apoyarse y sostenerse? ¿Opondrá al menos su voluntad, su poder de ser, de hacerse tal como él se concibe? El extraño Ulises que se destapaba los oídos para escuchar mejor el canto de perdición de las sirenas, que cortaba los lazos que lo ataban al palo mayor para poder deslizarse al abismo que lo atraía, obedecía a la fatalidad. Pactaba con el absoluto, con ese satanismo de la lógica, con lo antirracional. ¿Se anexaba él así a tierras nuevas o en ellas se perdía? Ahí reside el problema de nuestro tiempo, el signo reversible, positivo o negativo de nuestra cultura. Toda una técnica mental de lo absurdo se ha dedicado a liberar al hombre de su Razón y a darle el "nuevo escalofrío" de su negativa. O son todas las jaulas fáciles de abrir o el hombre es el pájaro liberado, muerto.

¿Qué importa! la experiencia está en marcha. El Dadaísmo y el Surrealismo han lanzado la exclusiva contra lo racional: la curiosidad de nuestro tiempo es llevada hacia los seres que aún no acceden a ella o que la han perdido, como los niños o los locos que se encantan con su arte. La pintura "no figurativa" impone una visión que al público le parece incomprendible.

Sin embargo, la Sociedad humana arruina totalmente sus fuerzas de desorden y destrucción, celebra las bodas desenfrenadas del mundo y del absurdo, se lanza a la barbarie primitiva bajo el pretexto de coronar su ascensión, arruina irremediabilmente los pueblos para asegurar su prosperidad, malgasta los re-

cursos del mundo con la excusa de asegurarse de su posesión, masacra los humanos por millones, por generaciones, para afirmar mejor su derecho a la felicidad. Mundo en ruinas, mundo bañado en sangre, mundo lleno de cadáveres en descomposición cubierto de llagas y de cenizas que, hebetado, recobra el aliento por un instante y no se detiene a medir la extensión de ese desorden insensato sino para volverlo a aplicar bien pronto a los supervivientes, luego de haber recuperado sus fuerzas agotadas.

En ese momento el espíritu se detiene, trata de escaparse, de comprender ese mundo que lo llena de confusión, ese mundo imprevisto, convulsionado por una metamorfosis gigantesca que hace cincuenta años hubiera sido imposible concebir y que destruye las normas que la inteligencia le había dado. Nuestro tiempo trata de pensar, de encontrar una filosofía a la escala de esas mutaciones; entonces el espíritu llega a dudar de sus poderes; renuncia a aprehender la realidad y se contenta con fantasmas; cae en el pánico mental y en la angustia; y el absurdo y la desesperanza se vuelven sus palabras claves.

“Somos arrastrados, dijo Wachlens, citando el pensamiento de Heidegger, —el gran iniciador del existencialismo— por una especie de torbellino cuyo vórtice se traga la totalidad de los que existen. La humanidad no desaparece materialmente sino, y esto es lo peor, se desvanece en este orden de los valores y los seres. Nos sentimos flotar en el vacío. Nos falla toda realidad sólida. Todo se derrumba sin que podamos detener esta disgregación, someternos en sea lo que se fuere. El ser se desmorona se hunde y desaparecemos con él”.

¿El Absurdo? ¿Qué es el absurdo? Aquello que tan probado como sea, no está conforme con la expectativa de la Razón usual, “lo que va contra el sentido común”. O todo nuestro tiempo, tal como se nos impone o tal como lo dis-

ponemos, no es más que una enorme insurrección contra el sentido común. ¿Rendición del espíritu humano o señal de su reforma? ¿Derrumbamiento de sus pretensiones o reconquista de sus posibilidades? Falta saber si vivimos en una quiebra o en un principio, en uno de esos renacimientos, a menudo tumultuosos, algunas veces patéticos, en los cuales la humanidad asegura su dramático renovamiento, es decir, su derecho a la vida.

Así como hace erupción un volcán, un acantilado se derrumba en el mar, una marejada convulsiona el océano, la tierra tiembla, son sacudidas aparentes de algo que invisible y lentamente se desliza. Por movimientos ocasionales que se asemejan a los grandes temblores de la cáscara terrestre, nuestro globo se remodela sin descanso, pacientemente, a través de los milenios, refundiendo de manera irreconocible ese aspecto que creíamos eterno porque no tuvimos tiempo de conocerle otro. ¿Es la Humanidad tan diferente de la Tierra? ¿Humanidad que creíamos tan vieja y que apenas se inicia! ¿En qué tenebrosa adolescencia se adentra, o es que sale de esa larga juventud donde ingenuamente creía al mundo semejante a ella misma, lo mismo que el niño o el hombre primitivo que toman prestado de los animales y de las cosas su manera de pensar y de sentir, un alma idéntica a la de ellos? El hombre no se conoce más a sí mismo, a su propia naturaleza y es a través de ella y de su experiencia como él cree reconstruir el mundo. Toma de ese gran cuerpo un alma, una razón, análogos a la suya. Se reconoce a lo lejos, lo mismo que en un espejo, pero cuando se aproxima, cuando alarga la mano, esta apariencia de espacio humano se disipa; no encuentra allí más que una superficie fría, extraña, impenetrable, revestida de un espejismo fraternal. El hombre ha creído “conocer” el mundo, pero no ha hecho otra cosa que “reconocerse” en él.

La educación secular del hombre consiste en renunciar, siempre de más en más, a este

antropocentrismo, a este antropomorfismo que ha concebido espontáneamente. Al comienzo de cada fenómeno, en cada cosa, el hombre ha enquistado tras diferentes cor-

tezas su doble, su genio, su demonio, duendecillo o hada. No hay águila ni buey en que no viva un Dios; ni riachuelo ni encina en que no habite ni náyade ni hamadriada.

“Ecoute, bucheron, arrete un peu le bras . . .

Ne vois—tu pas le sang, le quel dégoutte a force,
Des nymphes qui vivaient dessous la dure écorce?”

Mentalmente el hombre moldea con humana figura el aspecto inhumano de las cosas. Se proporciona la prueba esculpiendo a su imagen el palo totémico o la estatua del ídolo. De este modo substituye el extraño universo por algo parecido que puede doblegar o sojuzgar.

Pero, ¿por qué tantas imágenes humanas donde una sola sería suficiente, inmensa, en escala de infinito? ¿Por qué tantos dioses en vez de un solo Dios creador, ordenador, pensamiento y alma del Todo? “Y Dios creó al hombre a su imagen”. Ingenioso subterfugio que permite al hombre concebir a Dios como a la suya. Un Ser q' no difiere de él más que por su perfección y su infalibilidad; un Ser en el que se realiza aquello que en cada uno de nosotros no es sino un esbozo de nuestra esencia suprema; un Ser en persecución de fines impenetrables pero tranquilizadores por su lógica y su justicia, que sojuzgan el monstruo Universo. De ahí en adelante todo es orden, certidumbre, razón. Después de la era de los dioses, la era de Dios.

Después de la era de Dios, la era de la Razón. Siglo tras siglo, el hombre se ha dedicado a simplificar, a reducir el misterio a lo indispensable. Si el misterio subsiste en Dios, en su grandeza inconcebible, el misterio no se rinde sino ante la Razón. Porque el misterio reside en el Hombre mismo, en ese recinto cerrado, en ese callejón sin salida que es su propia substancia, su cuerpo. Por los instintos, las pasiones, los deseos confusos e imprevisibles, por los desórdenes que ellos traen consigo, el cuerpo sugiere, hasta en el alma, toda esta extrañeza amenazadora del mundo físico. ¿Dónde está, pues, el hombre a salvo y seguro? ¿Dónde co-

mienza la fortaleza de su integridad? Allá donde aparece la Razón, lúcida, dominadora de sí misma e imponiendo su orden y su ley, esta ley cuyo código se llama la lógica. El hombre la prefiere a Dios.

El Dios de la Edad Media excede al hombre con el misterio insondable de su naturaleza y amenaza en todo momento ser tan impenetrable como el universo que tiene la misión de explicar. El Dios del siglo XVII ya es más “Humanista”; esencialmente se vuelve la Razón divina: Descartes lo respeta y casi no lo necesita; lo reduce a no ser más que el soberano constitucional del Cielo, que la contra-seña de la lógica porque “jamás debemos dejarnos persuadir sino por la evidencia de nuestra razón”.

Un paso más y Dios parecería innecesario al hombre. El siglo XVIII lo disuelve en la noción vaga del Ser Supremo —o lo niega. Le repugna darle un alma al universo; y esa alma y por lo que ella evoca de profundamente vivo y sensible no está plena, perfectamente limpia; no responde al sueño mecanista del Universo. Dios, envoltura inútil, ha sido rasgado y lanzado a los vientos de antaño. El mundo iluminado “a giorno” (¿no es, pues, el siglo de las luces?) no obedece sino a la ley de toda actuación lúcida: a esa Razón que se vuelve diosa únicamente para asistir a las fiestas públicas de la Revolución Francesa. Si la ley del mundo es la misma que la del espíritu, el Hombre se vuelve el amo; amo porque la comprende y es capaz de comprender sus motivos más secretos; el amo que la domina y la utiliza. La ciencia no necesita montarse en ese Pegaso mecánico para partir a la conquista de la Tierra y de los Cielos. Si Dios ya no es el origen de las cosas, la perfección no está detrás, sino delante de nosotros;

se abre ante el hombre la infinita perspectiva del "progreso" racional.

Pero la razón no es solo una norma, una técnica para ejecutar una obra; le hace falta un contenido a esta forma, una carne viva a este esqueleto. Le hace falta una "materia" y esta es la experiencia. La Edad Media no conocía sino una: la de Dios, la Fe, y la Razón no ejercía sus poderes, sus deducciones sino a partir de ella. La época moderna transfiere la experiencia de la causa al efecto, del creador a la creación, de Dios a la Naturaleza: la aplica no tanto a la revelación de la fe sino a la observación de los sentidos. De Dios a ella, la Razón trabajaba en un sistema cerrado: en lo sucesivo se vuelve centrifuga, parte a la aventura, a la conquista de lo desconocido. ¿Qué amenaza hay en la fórmula lapidaria de Claude Bernard: "El hecho juzga la idea"! Ahora la Razón no mide sus riesgos porque, embriagada de confianza y de su libertad conquistada, cree que tras la apariencia enigmática de los hechos, va a encontrar su "doble", la razón de las cosas. Entre la Razón, armadura del espíritu y la Razón, armadura secreta del universo, parece que basta penetrar y apartar la pantalla de las apariencias erigidas entre ellas como una oscura nube. ¡Lástima!, la nube guardaba sorpresas a los exploradores embriagados por sus primeros éxitos. ¡Qué de aventuras! ¡Qué de naufragios!

Más y más cercada, más y más oprimida por la bruma donde se esconde, la Razón busca la experiencia de lo desconocido y de lo inexpresable. Sin embargo, desde el umbral, Kant lanzó su presentimiento de genio, iniciación de lo que iba a llegar, su Crítica de la Razón pura: se preocupaba porque la Razón no correspondía a la naturaleza interna de las cosas, porque no ofrecía sino Categorías y Formas que permitían figurarse el mundo pero no llegar hasta su principio inasible.

¿Será, pues, el Universo impenetrable a la Razón? ¿Navegará el Hombre en su bar-

quichuela de claridad entre las amenazas crecientes de una Noche sin fondo? Ese conquistador de lo desconocido ¿será acosado por el cosmos? La justa comienza en el siglo XIX; la cultura clásica sostiene con todas sus fuerzas el credo del racionalismo; pero alrededor de la latinidad vacilante, las razas germanas y anglo-sajones, después las escandinavas, llevan a efecto el levantamiento de las fuerzas oscuras; suenan las trompetas de asalto a la Razón. Son los primeros contactos con lo desconocido; es en el alma misma del Hombre donde el romanticismo hace surgir el fantasma por tanto tiempo excluido. Cada hombre lleva

"La Naturaleza es un templo de columnas vivientes que a veces se permiten pronunciar palabras confusas".

Pero la Ciencia va más allá, por el momento, de esas fantasías de la "Literatura". Los misterios se rinden uno a uno ante ella: la Ciencia explica, explica, explica... Lleva en sí la guerra contra el adversario: se cree capaz de reducir la psicología a la fisiología y la conciencia a un epifenómeno, simple espuma en la superficie de los hechos biológicos. El racionalismo entrevé su triunfo universal.

Es este el momento cuando la Ciencia persigue al adversario lejos de sus propias bases las cuales, de repente, se agrietan, se dislocan, dejan entrever el abismo de lo irracional. Y es la Ciencia la que va a comenzar nuestra iniciación al absurdo; ella lo reencontra desde que el perfeccionamiento de sus medios de investigación la han hecho rebasar los límites del campo de la experiencia usual. Todo pasa y la Ciencia descubre con asombro, como si la Razón y sus principios inmemorialmente reconocidos dejaran de ser eficaces desde que se sale de la "zona humana" normal, quiero decir, de los fenómenos naturalmente perceptibles a nuestros sentidos. El telescopio nos ha llevado más allá de los límites de la visión, a lo ultrahumano, a lo infinitamente grande y, en seguida, como privada de su aire usual,

en sí "un mundo ignorado que nace y muere en silencio", dijo Musset y Balzac contradujo en el eco: "Morimos desconocidos". ¡Fracaso de la Razón! Sus poderes cesan en el límite de ese ser interior, que es la esencia de nuestra individualidad, que no relleva ninguna explicación lógica sino que la sugiere. Cada uno lleva el secreto de su alma y solamente el genio le permite manifestarse con destellos sobrenaturales. Y la Naturaleza...? ¿No tiene ella también un alma? ¿Solamente los sortilegios del arte sabrán expresarla? Aquella que entrevió Baudelaire escapa a la explicación física de la Ciencia:

nuestra vieja lógica se asusta y pierde el aliento. La relatividad einsteniana que hace veinte años erizaba los espíritus y suscitaba polémicas apasionadas, hoy día es admitida, comprobada por los hechos, necesaria a su explicación. Así, pues, ella se apoya en nociones, en principios que M. Le Roy califica de "escandalosos para la razón de antaño. ¿Cómo figurarse, en efecto, la "curvatura" del espacio-tiempo? ¿Cómo concebir más de tres dimensiones, así como lo exige esta nueva noción? ¿Comprenderíamos más fácilmente las funciones sin derivados o lo que es más que infinito? Nuestra inteligencia se golpea contra el límite de sus posibilidades: no se adentra en esas nuevas zonas sino con la ayuda de las matemáticas.

¿Se encontrará nuestra inteligencia más cómoda en esa zona infra-humana, en aquella infinitamente pequeña cuyo acceso le ha abierto el microscopio? Para progresar tiene que negar las nociones consagradas. Que no piense, ante el átomo, en sacar de ahí —como en los tiempos de Lucrecia— y sólo con la imaginación, un grano de materia infinitamente pequeño. A decir verdad, allí ya no hay materia: al llegar a este punto del análisis, la materia se reabsorbe, se volatiliza y no es más que una localización de energía. "Mientras más penetramos en la estructura ínfima de la materia,

escribe Louis de Broglie, más cuenta nos damos de que los conceptos forjados por nuestro espíritu en el curso de la experiencia cotidiana y más particularmente en aquellos del espacio y del tiempo, se vuelven incapaces de permitirnos describir los mundos nuevos en los cuales penetramos". ¡Infortunada Razón que, tan desarticulada como el hombre-serpiente, no llegará a recorrer esos caminos "necesarios"!

En su ingenua seguridad, los sabios de hace cincuenta años podían reírse ante la predicción de Bergson de que es necesario renunciar a los "conceptos formulados". Los físicos de hoy lo han comprendido desde hace mucho; ese corpúsculo infinitesimal, esta última realidad que constituye la materia y el mundo entero, es, desde luego, irrepresentable. Ya no es invisible a los aparatos aunque es demasiado pequeña y huidiza, pero "inobservable", privada de extensión. Su localización en el espacio es "un caso límite de probabilidad nula" (de Broglie). Además, carece de individualidad, no es otra cosa que una unidad determinable en un grupo: no está en ninguna parte y existe en el interior del sistema con el cual hace cuerpo; es un acto "un valor cuantitativo de la energía y del cual sería imposible hacer una representación en el orden del espacio", y más aún, dijo de Broglie, evocando al máximo la famosa teoría del quantum de Planck y que citando el viejo adagio "Natura facit non saltus", impone la noción también absurda, en nuestra gradación de la discontinuidad.

Resume de Broglie: "Las entidades elementales flotan en el espacio y en el tiempo como en una envoltura que no hubiera sido hecha para ellas; la individualidad se atenúa en el misterioso proceso de la interacción; el mismo determinado, tan caro a los físicos con sus conceptos del tiempo, ha sido obligado a plegarse". Y cuántas más cosas se han plegado con él: las bases todas de la razón clásica, el principio de causalidad que se esfuma en la interdependencia universal de

los fenómenos; el principio de finalidad, hace mucho sobrepasado; y aún, como el más sagrado de todos, el principio de identidad, incapaz, después de las estadísticas de Fermi-Dirac, de poner en duda la individualidad de ciertas categorías de corpúsculos elementales (el mismo Dirac llegó a revelar la existencia de electrones positivos o negativos de energía negativa, no experimental y cuya verificación por sí mismos sería imposible, pero cuya presencia ha jugado su papel, aunque de modo indirecto, en el descubrimiento de la bomba atómica).

Sin embargo, no nos dejemos llevar al romanticismo de un pánico inconsiderado. Estamos en presencia, no tanto de una quiebra de la Razón como de lo "real", o más bien, de la representación milenaria que de él se nos había hecho. Y la Razón, la forma usual de nuestra Razón, está comprometida a la medida con la cual ella se ha hecho solidaria. El mundo familiar de la materia, del espacio euclidiano a tres dimensiones y de la mecánica, con los cuales convivía nuestro pensamiento y creía constituir la naturaleza misma de lo real, se ha derrumbado. Hace muchos años Bergson denunció la colisión de nuestra Razón y del mundo concreto visi-

ble: demostró cómo la Razón había calcado sus formas, sus métodos, sus marcos de referencia en ese mundo donde el espejismo se disipa bajo la acción corrosiva del análisis. Y aquello que nosotros denominamos lo Real, no es sino una apariencia que no corresponde a ninguna "realidad".

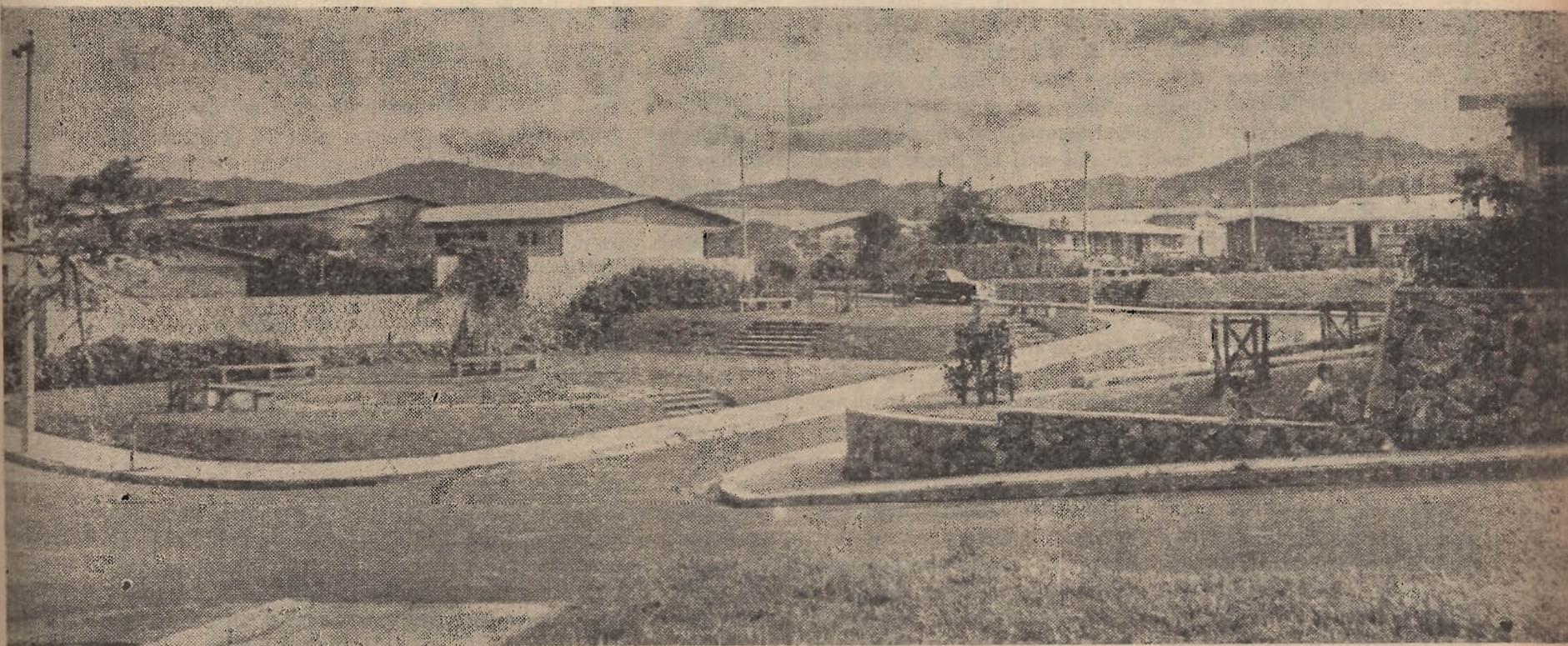
El pensamiento humano ha salido de esta prueba, no derribado sino engrandecido, porque la ha superado; las imágenes realistas, representables, con la ayuda de las cuales el pensamiento funcionaba, están en ruina; el universo se ha demostrado inconcebible y el pensamiento se ha desligado, se ha hecho más abstracto, ha renunciado a "figurarse", el mundo porque todas las imágenes que estaba dispuesto a concebir eran falsas y reprobables; el pensamiento no ha usado sino símbolos puros, anónimos, cifras o letras algebraicas: con un esfuerzo acrobático ha sobrepasado la abstracción recurriendo a las matemáticas que lo han llevado a las zonas donde la "Razón" se asfixia y se entrega.

Entonces el pensamiento ha alcanzado triunfos prodigiosos; porque este universo donde él tantea a ciegas "lo intermediario" de los números

infaliblemente ha previsto el avance por su solo esfuerzo; la difracción de los electrones, la presión de las ondas luminosas, el electrón positivo de Dirac, todo deducido por una pura operación mental, han sido comprobados por la experiencia, lo mismo que el eclipse del 29 de mayo de 1929 confirmó la teoría de Einstein sobre la desviación de los rayos luminosos en la proximidad del sol. Así, el pensamiento humano, en el momento cuando estaba más profundamente confuso obtuvo los éxitos más asombrosos.

En verdad, la concepción que nos habíamos formado de la Razón se ha derrumbado lo mismo que nuestra concepción del Universo; pero, sin duda, la Razón subsiste intacta en su esencia depurada, liberada de las definiciones restrictivas que nos habíamos imaginado. Y la Razón y el Universo principian por reconocer una naturaleza común "matemática". No podemos ni imaginarnos, ni representarnos el mundo, pero podemos calcularlo. Dicho de otro modo, hemos llegado a ese estado del absurdo donde nuestro espíritu sabe calcular, descubrir, prever aquello que nuestra enfermedad Razón no pudo concebir en términos asimilables para ella.

En cada época, todo es solidario. Las manifestaciones individuales, aún las más originales en apariencias, se nutren a través de sus raíces, de un humus común. Por otra parte, he tratado de demostrar cómo el impresionismo era corolario de la filosofía de Bergson y de las novelas de Proust, como lo era de la física atómica. ¿No es asombroso que la literatura y el arte actuales, perciban con intuición el trastorno que la ciencia contemporánea exhibe al contacto de los hechos? Es de los ingenuos, siempre preocupados de ser engañados, que se indignen con vehemencia ante las manifestaciones del "modernismo" y denuncien su mistificación, incluso en las combinaciones financieras. ¿Jamás se es mejor embaucado que por la misma desconfianza; jamás se es más crédulo que ante el propio escepticismo! No, almas ingenuas, nadie se burla de vosotras. Ese arte, esa literatura, no son más amedrentadoras que la ciencia actual, venerada por vosotras, porque vosotras no constatáis más que sus efectos; ellos obedecen a una misma fatalidad ineluctable. Estos efectos también viven la crisis de lo irracional; experimentan o proclaman la quiebra de la Razón usual, como también la realización de una reforma cuyo



INVU: Unidad vecinal de Hatillo No. 1, ciudad satélite

resultado es aún imprevisible. Se someten a la ley del tiempo, aquella del absurdo y por este término del todo objetivo, que no implica noción peyorativa alguna.

¿Qué han hecho, por otra parte, el impresionismo en el arte y el simbolismo en la literatura sino arruinar a su vez la fé ciega en la evidencia de las realidades concretas? El simbolismo "descuidado"—como dijo Gide— de esta forma transitoria que revestía la Idea con el tiempo, "reduce lo real al papel de espejismo engañoso, envoltura de la substancia espiritual"; "Allí no se ve sino la significación visible de un pensamiento"; mientras que el impresionismo lo disuelve en la inasible volubilidad de las apariencias.

En lo sucesivo, el mundo visible, el que el público denomina Realidad, pierde prestigio y cesa de ser intangible: y hélo aquí, desde luego, todo modelado por el fovismo, trastocado sin escrúpulo, reducido a no ser sino la arcilla blanda donde quedan las huellas del pulgar creador. El cubismo aparecido cerca de 1910 va más lejos: desquicia ese mundo, lo quebranta y de sus escombros esparecidos y desprestigiados, recompone según leyes, que ya no son aquellas de la verosimilitud y de la lógica, el cuadro, objeto gratuito y nuevo. Igual que la ciencia moderna, el cubismo reemplaza la veracidad de las apariencias por relaciones de armonía casi matemáticas. Como la ciencia, el cubismo es abstracto. Picasso, ese "dinamitero" de la Naturaleza, emplea la más lúcida y refinada inteligencia en reconstruir las apariencias del mundo visible, en apariencias vueltas incoherentes, pero plegadas a una lógica nueva completamente interna y arbitraria, que superpone un Universo imposible al Universo usual y crea así el absurdo visual.

Aún más, el cubismo aplica la inteligencia y sus cálculos. El surrealismo, que lo sucede hacia 1920, los execra con violencia y los condena. Se pasa al enemigo: al absurdo. Ya no cree al hombre al servicio de la Razón militante, ante el misterio menoscabado del

mundo; anarquista del pensamiento, termina su alianza con ese misterio y ese absurdo; se hace su esclavo. Paul Dermée lo proclama sin ambages: "El poeta debe rechazar la Razón".

El ciclo se ha cerrado. Tomémoslo por etapas: el siglo XIX se satisfizo en jugar con el peligro, en cultivar la emoción enfrentando alegremente la Razón con los azares del absurdo, usando lo irracional y lo oscuro; ese fue el tiempo del romanticismo y del simbolismo. Después, haciendo un rodeo para evitar la suspicaz Razón, la Inteligencia ha tratado de sondear su contrario, esa realidad viva e inalcanzable que, huidiza, rezuma a través de sus leyes y costumbres escapándolas; ha principiado a abdicar de sus poderes dejándolos en manos de la intuición: ese fue el bergsonismo.

Entonces estalló la guerra de 1914, terrible sacudimiento del hermoso edificio racional que el siglo XIX había levantado en homenaje al Progreso. Aún ayer se creía en los arbitrajes internacionales para arreglar los conflictos según la razón y, he aquí, que tras la fachada en grietas de la prosperidad y del orden, ha surgido la virulencia de las pasiones ciegas, arrojando los pueblos a la ruina y a la masacre, invocando los "Valores" morales más venerados, aquellos del Derecho, la Patria y la Justicia. Entonces Dada se alza tras la Razón descalificada y con un grito de demente la empuja al abismo al borde del cual La Razón se inclinaba.

Y es aquí cuando interviene el Surrealismo; este se empeña en codificar y organizar el absurdo. Siguiendo a precursores como Rimbaud y Lautréamont, celebra las misas negras de la Razón y blasfema con frenesí de todo lo que mereció su consagración. Y por eso el Surrealismo pone al día dos técnicas mentales: la una destruye en el lenguaje, lo mismo que en la visión, toda veleidad de lógica y de organización; se eleva a la incoherencia original del verbo y de la línea; pasivamente se somete al dictado de lo inconsciente, aún a las con-

diciones del sueño ahí donde la Naturaleza efectúa fisiológicamente el sopor de la lógica; usa la escritura automática, registra las más elementales pulsaciones, lo ilógico del ser. La otra técnica, por el contrario, más taimada, respeta las apariencias de lo real y lo mantiene en pie. Engañosa como el tronco carbonizado por el rayo. Así el escritor en sus vigiliias pone cuidado para hacer más legibles sus frases; así el pintor en la ilusión de los objetos, pero esto es para volver más violentamente sensibles, por contraste, la incoherencia interna, lo absurdo de las relaciones nuevas y alucinantes establecidas por esta técnica entre los elementos exteriormente intactos que reúne: un verdadero conjunto de rocas se termina en un verdadero pulmón que deja ver por la puerta entreabierta un verídico armario de vidrio. . . "Todo descubrimiento cambia la naturaleza y el destino de un objeto o de un fenómeno constituye un hecho surrealista" profesa André Breton.

El N° 3 de la "Revolución surrealista" reafirma el sentido profundo de ese programa: "Ideas, lógica, orden, Veracidad (con una V grande), Razón: nos rendimos ante la nada de la muerte. Vos no sabéis hasta dónde puede llevarnos el odio a la lógica". Las hostilidades contra la Razón se abren de ahora en adelante.

* * *

¿Broma? ¿Provocación? No; hay allá el reflejo de una concepción, de un conocimiento nuevo del Hombre dictados por nuestra época. El Hombre de antaño se identificaba con la Razón y establecía allí su cátedra y su puesto de comando. Hacia de la Razón el móvil lúcido de sus actos y de su comportamiento. . .

La psicología moderna ha destruido esa preciosa paradoja, es el Cientismo del siglo XIX, bastión del racionalismo, que llevado por su odio materialista a toda realidad espiritual, le dio el primer hachazo. ¿Denunciar ante la conciencia y la vida mentales puros epifenómenos sobrepuestos a la realidad fisiológica; hacer de las ideas simples burbujas que

hacen eclosión en la superficie del cerebro y descifran su química orgánica; negar el libre albedrío y proclamar el determinismo, no sería sino someter el pensamiento a la fatalidad material, quitar a la razón su papel tradicional de guía para reducirla al de una manifestación superflua? La conducta humana, colocada bajo la obligación de una necesidad ciega, ya no tenía por qué gozar de sentido: la puerta al absurdo estaba abierta.

Entonces el siglo XX, encadenaba esas ideas y se obstinaba en no encontrar las razones sensatas a los actos humanos, sino, y solamente, "causas" ciegas. Que esas causas residan en el juego inconsciente y fatal de nuestros oscuros instintos, así como lo demostró Freud, o que residan en las mil desgracias sociales y económicas que nos enlazan y que hacen del individuo una madeja dócil, solidario de la colectividad en que se inscribe, como lo afirmó el materialismo dialéctico proclamado por Hegel y Marx; que esas causas insensatas estén en lo más profundo del ser o nos dominen en contraposición del poderío de las grandes masas humanas, el resultado es el mismo: la Razón ya no es la fuente de nuestros actos, no es sino una interpretación tardía, a menudo engañada por ella misma.

¿Cómo el hombre desenfrenado, hostigado por todas partes, habría mantenido su precario equilibrio racional en medio de esos sacudimientos sísmicos, de esos deslizamientos que se llevan el suelo estable bajo sus pasos enloquecidos? Lo inevitable se ha cumplido: el hombre se deja arrastrar al vórtice de lo absurdo, lo degusta y en él se embriaga de modo imprevisible. Ya hacia un siglo (y quién no estaría en guardia) el hombre había comenzado a buscar en los estupefacientes, en el Haschisch—cuyo "Club" era frecuentado por Gautier y Balzac— en el opio que nutría las "Fantasías" de Quincey, el acceso a esos "Paraísos artificiales"—tan caros a Baudelaire— las ardientes vacaciones de la legalidad racional. Se sabe cómo el desarrollo de ese procedimiento mecánico para liberarse de la Razón, ha

tomado cuerpo en nuestra época.

De esas tierras prohibidas —apenas entrevistas hace cien años— el hombre hizo, de ahí en adelante, sus comarcas de elección, los extraños jardines por donde él vaga familiarmente. Una bruma insidiosa, irreal, flota sobre la literatura. ¿No adquirió la literatura prestigio con el "Grand Maules" cuyo éxito se apropió? Maravillosamente Rilke nos transporta a un segundo universo donde caminamos con el paso afelpado e inestable del ensueño. Pero Kafka obtiene un éxito más resonante por no estar de acuerdo con nuestros gustos íntimos. O la atmósfera opresiva de sus novelas viene precisamente del rechazo de toda causa racional de los actos, en los cuales Kafka desarrolla la trama con una lógica implacable. Una construcción rigurosa, ineluctable, una deducción obsesiva se levanta en el vacío con una base ausente. Imparcialmente Starobinsky ha podido diseñar en esta obra "una de las prefiguraciones más exactas del

universo absurdo y cruel que va por fin a estallar en el "libre" de nuestro tiempo".

Así al entendimiento obligatorio del hombre razonable y del mundo se substituye ahora su incompatibilidad fundamental. No hay otra posibilidad entre ellos que una cohabitación práctica, prudentemente arreglada.

Lo mismo que el ciego puede "conducirse" en el espacio, porque no tiene ojos para verlo. Co-existir con el mundo, sin comprenderlo y aún vivir sencillamente, variando las modalidades gratuitas, tal parece ser para el pensamiento moderno, la sola posibilidad abierta a la vida. Una filosofía, entregada con demasiada libertad a los comentarios inconsiderados de la plaza pública, ha divorciado la metafísica de esta nueva condición humana. Así nació el existencialismo.

La inteligencia, a principios del siglo, se había inclinado ya ante el estado del hecho nuevo, ante la abdicación sensata de la Razón y de sus pretensiones. El pragmatismo,

después de Valery, ya había aceptado la renuncia al conocimiento absoluto, al "saber" para limitarse empíricamente al "poder", al manipuleo organizado de lo real.

El existencialismo va más lejos. Recogiendo los elementos esparcidos en la filosofía del tiempo, de Kierkegaard y de Chestov a Jaspers y a Heidegger, concentra esta vasta experiencia del absurdo emprendida por la época moderna, en la doctrina de lo extranjero del hombre en el seno del Universo. Ahí está bien, para tomar el título del libro de Camus, un "extranjero", que se acomodará a su ininteligible condición.

Todo lo que existe es inexplicable. Sólo es explicable aquello que no existe en realidad, aquello que ha sido concebido libremente por la inteligencia. "Un círculo, dice Sartre, no es absurdo. Se explica muy bien por la rotación de un segmento de recta al rededor de una de sus extremidades. Pero así, el círculo no existe". No es, en efecto, sino una concepción del espíritu.

"Existir es, sencillamente, estar ahí"; es ser impermeable a toda explicación. Porque "el mundo de las explicaciones y de las razones no es el de la existencia". La vida es un hecho que no tiene más sentido que el inventado tardíamente por la razón.

¿Qué posibilidad le queda, pues, al espíritu humano? A su vez, Camús nos lo explica: "todo conocimiento verdadero es imposible". Solamente las apariencias pueden enumerarse y el clima hacerse sentir. Ese divorcio entre el hombre y su vida, entre el actor y su decoración, es, propiamente, el sentimiento de lo absurdo".

Así, en esta filosofía, "la razón se enreda y se libera negándose... Para el hombre absurdo, no se trata ya de explicar y de resolver sino de probar y describir. Todo comienza por la clarividencia indiferente".

Así la vida humana es estéril, por lo tanto absurda, y se sabe absurda. La grandeza del hombre reside en la desesperación de su lucidez, aceptada

EL UNICO SERVICIO DE ITINERARIO PARA CARGA DE LOS ESTADOS UNIDOS



LO OFRECE

LACSA

Todos los Martes, Miércoles y Viernes llega a Costa Rica el "Expreso Curtis Cargo" de LACSA repleto de todo tipo de mercaderías para los importadores costarricenses.

Es el UNICO servicio de itinerario directo de los Estados Unidos.

Consulte sin compromiso

LACSA

Teléfono 7315



y sobrepasada por su misma lucidez.

He aquí, pues, al hombre vencido en su inmenso esfuerzo por dilucidar con su Razón el misterio del Universo, por reducir su absurdo, que desearía fuera solo aparente. Hélo aquí vencido por las mismas fuerzas que se había propuesto someter.

En las inquietudes con que el hombre sufre, así como en

las investigaciones que emprende con la ayuda de la Ciencia, se dá de bruces contra el absurdo y su misma Razón baja la frente; acepta servilmente su ley tanto en la filosofía como en la literatura y en el arte.

Suspendida entre el abismo de su enigma interior y el del Universo que la envuelve, la Humanidad se amotina temiendo sentirse perdida en el

vacío. Se asemeja a un enorme cohete interestelar que desviado de la trayectoria prevista por los cálculos flotara al azar, privado de todo punto de referencia, de dirección, sin altos ni bajos, sin saber cómo gobernarse en la indiferencia absoluta del infinito. Y ahora, esto se ha llevado a cabo: la Humanidad "experimenta ese absurdo del cual su Razón, cautelosamente, lo

había apartado durante siglos.

La Humanidad siente terror, pero su curiosidad la lleva hasta el vértigo. Para ella, todo es señal de vida porque su avidez es insaciable. El fracaso está patente: no ha podido huir hacia el absurdo por el anatema de la Razón. Y bien, miradla: ahora trata de absorberlo, de hacer de él su nuevo alimento. Ella es el roedor incansable que mordis-



No obedeció las señales del semáforo



Esto no debe sucederle a usted!

RESPETE LOS ALTOS y LOS SEMAFOROS

Los accidentes automovilísticos han aumentado espantosamente por no obedecer las señales de tránsito.

Respételas Ud. para su propia seguridad y la de los demás

DEPARTAMENTO DE
PREVENCIÓN
DE RIESGOS



Instituto Nacional de Seguros

Brújula Quieta

Hubo en su gesto cordial, la seguridad de que, al transmitirme la noticia llenándolo de regocijo, yo participaría de él como si fuera la agraciada:

"La Librería Lehmann me envía a Europa!"

En esta vida tan plena de injusticias, un hecho tan admirable reconforta... viene a recordar que no faltan personas animadas por el muy bello sentimiento de la gratitud. Ignacio Soto se incorporó a la renombrada firma. Hubo de iniciar el proceso en calidad de hijo y luego, con una rapidez excepcional, ascendió hasta alcanzar la categoría de padre: bajo su impulso, el Departamento de Libros pudo conquistar la madurez idónea y con ella, su independencia. Y por haberlo realizado con sus mejores dotes, la lealtad y la eficiencia, el organismo ha continuado marchando al unísono con el resto del negocio.

Hay jefes que se creen maravillas insustituibles; se ad-

quea los lazos de su trampa para libertarse.

¿Quién sabría predecir el futuro de esa lucha? Desde hace cuatro siglos la Humanidad ha debido rendirse, renegar de sus convicciones más arraigadas, renunciar a creerse el centro y la medida del universo. Como partícula errante Galileo y Copérnico la lanzaron al Infinito. ¿Deberá afirmar su segunda abdicación, resignarse al reino del absurdo, aceptar una nueva conciencia de sus relaciones con el mundo? ¿No ser más que la brizna de paja perdida que flota sin darse cuenta sobre olas desconocidas en la os-

judican todas las funciones por miedo a la competencia y de ahí que rechacen la posibilidad de que otros puedan lograr el nivel suyo. Sotico tiene confianza en sí mismo; aunque no lo diga nunca, sabe lo que vale. Por eso, no teme la superación de sus colaboradores; al contrario, se mantiene dando luces, estimulándolos en su faena, sin asumir jamás la actitud errónea de resolver sus problemas: siempre los incita a hallar los medios adecuados.

Sotico es gentilísimo, liberal, afectuoso... Un humorista de primera línea y con su acento burlón. Ese conjunto en otro tipo de individuo, podría ser dañino para el trabajo; en mi amigo, es un don magnífico, pues él sabe guardar los límites que señala un sano respeto y, por ende, merecerlo de todos.

Ignacio Soto entiende su cometido con la amplitud que exige. No le basta desempeñar estrictamente las tareas asignadas: es contertulio sa-

curidad? ¿Se resignará a no "comprender"? Porque, ¿qué es comprender? Probablemente no hay nada para comprender.

Es posible. Pero ¿por qué el pensamiento será inmutable? ¿Por qué no tendrá como los otros seres vivientes, sus mutaciones que de tiempo en tiempo rompan las reglas establecidas, demasiado estrechas para su conocimiento? Ese sentimiento universal del absurdo que nos rodea, ese mismo gusto del absurdo, mórbido en apariencia, puede no ser más que la conciencia de una reforma necesaria. Una nueva Razón, más flexi-

gaz en las reuniones que hemos fomentado los bibliómanos. Se interesa por nuestra manía y por otros aspectos vitales. Es fina propaganda... Se priva de opinión cuando se juzga mal enterado. Y no se perturba al declarar su ignorancia sobre un tema, ni al pedir que se le informe...

Siempre llego a la Librería Lehmann en busca de los amigos; el otro obsequio viene después... El alejamiento de Ignacio Soto dejará un vacío en nuestro bienamado rincón. Pero... qué estupendo consuelo imaginario viajando por aquellos países de ensueño! Y qué agradable expectación en el lapso: su retorno para que vuelva y compartamos el regalo precioso!

LILIA RAMOS

★

Entre el reducidísimo número de personas que en este país se dedican a cultivar algunas de las formas de la cultura y del arte, Clemencia

la Humanidad no procede a anestesiarse provisionalmente sus centros nerviosos que son los individuos para facilitar la enorme metamorfosis que está en marcha?

La prudencia de los instintos de la Humanidad es incompatible. Nos asombramos y nos inquietamos por esa opresión paulatina del individuo, de su conciencia agudizada y de su lucidez tan pacientemente conquistadas. Comprobamos la marea ciega de los grandes imperativos colectivos. Su alcance se nos escapa ¿Quién sabe, si por eso

Martínez, la joven y excelente bailarina, se destaca por su disciplina, por su finura, y, por qué no decirlo, por su gran belleza.

Don Teodoro Olarte, ese excelente profesor y hombre, dice con acierto cuán secundario es el talento si a él no va aunada la fuerza de voluntad, el sentido de realización. Existen en todas partes los críticos y los criticones, que ante una labor como la de Clemencia ponen peros: no es suficientemente purista, dicen unos. Acepta en su escuela muchas niñas, con talento o sin él, en un sentido más comercial que artístico. Y así, otras objeciones se ponen al trabajo que ella realiza. Pero yo pienso: ¿es que el país ofrece la posibilidad de un trabajo en otra forma? Los que quieren dedicarse al arte solamente, sólo consiguen, tras más de un nombre y un aprieto, entregarse a la consecución de un sueldo, o a la práctica comercial de su materia. Así tenemos a Jorge Gallardo, tras muchos años de estudio y de lucha, pintando en un oscuro rincón lo que su corazón le dicta, mientras el país gasta en todo menos en sus artistas. Y el fino talento de Francisco Amighetti, oculto y opacado muchos años por la necesidad de pintar la acuarela-paisaje amable al turista. Y así muchos más.

Ya muy heroico, ya suficientemente heroico es no abandonar la lucha. Así Clemencia, a través de los años, ha creado y mantenido su es-

Vivimos un momento trascendental cuyo sentido se desembrolla con dificultad y se nos revela lentamente. Nuestro pensamiento nunca más lúcido y conciente de sus límites, incluso y sobre todo de ellos, más que nunca dominador del cálculo y de utilizar aquello que aún es impenetrable a su comprensión, continúa lanzándose hacia el futuro, ignorante de su meta, pero ávido de alcanzarla.

cuela de ballet, afinando cada vez más su gusto y sus realizaciones, haciendo viajes al extranjero anualmente, de los que regresa con el espíritu fresco, lleno de generoso impulso y de ideas nuevas, y así mantiene sus actividades a nivel de las mejores escuelas de ballet extranjeras.

Ahora bien: Clemencia, no contenta con esto que realiza, no satisfecha con haber rechazado excelentes propuestas en cuerpos de ballet tan importantes como el Lope de Vega, prefiriendo a ellas el trabajo que significa la creación de una escuela propia, lleva a cabo una labor de estímulo completamente inusitada en nuestro país: en vez de copiar de las bellas publicaciones sobre ballet los bocetos del vestuario, da la oportunidad a un artista nacional de que los piense y los realice. Así en el caso de Elba y Carlota Rizo. Los decorados han dado oportunidad a Cecilia Pastor, la joven pintora. En lugar de solucionar el problema de la música escuchando discos o leyendo en el repertorio de la sinfónica, encarga la música, y ésta es nueva, original, creada para los bailes de las niñas de Clemencia.

Es así como Arnoldo Herrera, el excelente compositor, ha tenido ya dos veces la oportunidad de trabajar en éste por sobre todo hermoso tipo de labor. Sin ninguna modestia, puesto que los libretos son malos, digo que son míos, y que es por eso y en agradecimiento a Clemencia que he escrito estas líneas en oportunidad de su próxima presentación en el ballet en el Teatro Nacional.

Sería maravilloso que llegara a cuajar el rumor que circula sobre la Universidad. Se habla de la posible creación de una escuela de ballet, posiblemente adjunta a la Facultad de Bellas Artes o al Departamento de Teatro. Si esto fuera cierto, sería posible soñar con una escuela de ballet funcionando en sentido estricto de creación y belleza. Desgraciadamente, la que esto escribe no cree en el Departamento de Extensión Cultu-

ral de la Universidad, y piensa que es un extenso desierto de cultura. Sería espléndido si tuviera algún día que pedir disculpas por lo que acabo de decir.

Virginia Grütter

★

...La producción dramática de Alberto F. Cañas, que va en aumento y con sentido cualitativo ascendente, cuenta ya con un nuevo e interesante título a su haber: "Una bruja en el Río".

Frente a "Luto Robado" y "Oldemar y los coroneles", sus dos piezas anteriores de mayor envergadura, esta obra que por gentileza suya ha llegado a nuestras manos tiene diferencias sustanciales de forma, aunque en el fondo parece inclinarse por la misma ruta de la comedia satírica de implicaciones imaginativas. Aquellas no tienen nexos de espacio y tiempo con nuestro ambiente. Son, por decirlo así, extra-costarricenses. Hay una obra intermedia, cuyo título no retenemos, que comienza por mostrar algún aráigo al suelo tico, aunque ello sea solamente en cuanto a la naturaleza del problema y no a la forma de abordarlo. "Una bruja en el río", en cambio, está más afinada en el panorama costarricense. Sin embargo, esta condicionalidad descriptiva carece de importancia. Si bien toda una introducción y las referencias en cuanto al escenario y los personajes tienen el evidente propósito de proporcionarle a la obra un marco ambiental determinado, esta circunstancia se va diluyendo poco a poco hasta desaparecer por completo en los cuadros finales, cuando ya no importa dónde ocurren los sucesos sino a quiénes y cómo.

Lo que cobra entonces significación en la obra es un fenómeno de magia poética prevaleciente en el diálogo y en la condición de algunos personajes. Si María, la indecisa campesina que no puede definirse ante el asedio de tres cortejantes —identificados como Domingo, un secretario municipal, poetas y corresponsal de periódico; Marcos,

el diputado ambicioso que hace su plataforma a base de una lucha contra la compañía extranjera; y don Miguel, el capataz de ésta que tiene un rostro curtido y un corazón destilando amargura— tiene nexos inmediatos con el ambiente pueblerino, esto carece de utilidad y de actualidad. Al avanzar la trama se da el lector cuenta de que esas vinculaciones temporales no tienen importancia.

Porque además de la tónica embrujadora de la conversión de los personajes, hay en uno de éstos un no sabemos qué sorayano que lo hace fascinante. Su posición ante la vida y la finalidad que se propone ir en cuanto a María son las que le dan a "Una bruja en el río" un matiz lírico que apenas se había asomado en otras obras de Cañas. Su presencia es ágil y flotante, y dentro del conjunto de episodios realiza un admirable contrapunto con el personaje femenino, a quien trata de inyectarle una visión reconfortante del amor para

que con ella, si el destino le es adverso, se defienda. El quiere salvar a la campesina de lo que está reservado a toda muchacha de aldea: la prole abundante, los atardecidos aletargantes y las gomas del marido. Para ello sólo hay un medio, o un remedio: que conozca el amor en toda su plenitud y que con ese patrimonio se constituya su barrera espiritual, su compensación permanente.

El sentido alegórico de ese personaje, llamado Guillermo, es quizás la causa de que la obra incurra a veces en excesiva frondosidad de diálogo. Los personajes no sólo afirman sino que explican su afirmación, y esa plática, difícilmente dramática, le quita un poco de vigor al desarrollo. Pero éste es un defecto formal que puede ser allanado.

"Una bruja en el río" es en realidad la ejecución de una magnífica idea teatral en términos brillantes. Tiene belleza interior, es amena e inge-

GANADERO:

Las Melazas

constituyen el alimento más eficaz y más económico para su hato.

MAYOR PRODUCCION DE LECHE

Engorde más rápido del ganado de carne.

Sólo las piedras cuestan menos que las melazas!

Diez céntimos el kilogramo.— Cuatro y medio céntimos la libra.

Pregunte al Ministerio de Agricultura e Industrias por los extraordinarios resultados que ha obtenido en sus experiencias con este alimento.

CAMARA DE AZUCAREROS

niosa y, además, logra el dibujo de los dos personajes más interesantes en el producción teatral de Alberto F. Cañas: María y Guillermo, los protagonistas para quienes el bálamo de la vida es como el mágico amor del río por la ribera a la que baña.

G. F.

★

Primer hecho concreto de la obra de difusión cultural que inicia con fecundo empuje el Conservatorio de Música de la Universidad Nacional —dentro de los amplios planes de su joven director interino, Prof. José Luis Marín Paynter—, es sin duda alguna la magnífica Orquesta de Cámara que dió su concierto de presentación en el Paraninfo Universitario, bajo la notable dirección del Pro. Alfredo Serrano Bonilla; acto este que demostró la alta calidad orquestal conseguida por el brillante conjunto en el más que muy breve plazo de cinco meses.

La pequeña orquesta está en capacidad de mostrar frutos positivos. Y eso es lo que se propone: una ejecución convincente, a base de un magnífico programa. Nosotros, que hemos escuchado algunos de sus ensayos, podemos garantizar su excelencia, brillantez tonal, compactación perfecta, elocuencia interpretativa, conocimiento profundo de las obras.

Labor tenaz a base de pasión musical, de amor a la música y a los modos perfectos de su interpretación, devota y humilde constancia, es la que ha dado el resultado positivo que nuestro público podrá admirar. El Prof. Serrano, en inteligente y claro entendimiento con el grupo de profesores que componen el conjunto de Cámara, ha conseguido óptimos resultados, como seguramente no los ha habido antes en Costa Rica. Vale la pena destacar aquí los nombres de esos músicos de corazón y de escuela, que al margen de sus deberes cotidianos y con sincera aptitud de artistas, consiguieron crear en nuestro país una orquesta

realmente seria y eficiente, con un espléndido porvenir inmediato. Ellos son: **Violines:** Lic. Manuel Antonio Bonilla (concertino); don José A. Castillo (ayudante de concertino); don Pablo F. Brandt; Lic. Carlos M^o Campos; Ing. Peter Pfisterer; Lic. Mario Vargas Vargas y don Lee E. Holdridge. **Violas:** don Roberto Valle Mora, don Claudio Calderón Mora y don Jaime del Valle. **Cellos:** don José A. Rivers Fogarty y don Jorge Antich Güell. **Contrabajo:** don Carlos Alberto Prado Barrientos. **Flauta:** don José Fonseca Segura. **Cembalos (pianos):** doña Pilar Luzán Terrazana de Vitoria y don Bolívar Ureña.

★

Hemos tenido en mano el primer pliego del libro que Salvador Jiménez Canossa está editando: poesía del mejor linaje, juvenil, moderna, libre y tierna a la vez, y cuyo formato e impresión, a cargo de los talleres de la Imprenta Lehmann, acreditan la excelente calidad del trabajo tipográfico de nuestros editores.

Es claro que para juzgar la obra en su totalidad hayamos de esperar a tenerla, concluida, sobre nuestra mesa de trabajo. Pero por los pocos versos contenidos en este primer pliego —Sueño de la flor simple, Instante, Anfitrión—, cabe reconocer la fina sensibilidad del poeta, su libertad de estilos, la entrañable nota de que da claras muestras y que sin duda hará de "Balada del amor que nace" un libro revelador y apasionante.

La obra llevará una portada de Dagoberto Vásquez C., y un Ex-libris de Juan Manuel Sánchez, que aquí como en El Moto, de García Monge, editado por "Don Quijote"— dará nueva prueba de ese exquisito talento suyo para la ilustración gráfica.

Desde luego que esta reciente, nueva floración de cuidadas ediciones —inclusas las que con tan buena gusto diera a la estampa dentro de una colección epónima del poeta Cabal— revela más a las claras que cualquiera de los otros signos de que pudiéramos valernos la creciente inquietud, el promisorio fomento de la literatura costarricense, hasta hace pocos años

condenada a irremediable pobreza y como avergonzada y contrita. El país ha crecido también en el terreno literario. De modo que hoy el poeta no tiene el temor ni los impedimentos de antaño para dar a luz sus obras, puesto que sabe que se venden. Contamos ya con un público, mayor o menor, que las consume. Y este índice revelador, aún cuando suele no figurar en las rígidas estadísticas oficiales, es quizá el que con más certera energía señala el progreso de los pueblos.

De ahí que tanto nos haya placido la segunda salida de la Editorial Don Quijote, que dirige Luis Ferrero Acosta, poniendo al alcance del lector la obra de Reinaldo Soto Esquivel, "Mi Pajarera".

Abre el pulcro tomito —graciosamente ilustrado por Juan José Alán León— una enjundiosa presentación del propio editor. Y hay en los breves,

deliciosos capítulos de ese verdadero poema en prosa, tal sencillez de lirismo y tan afectuoso sentido de la observación, que parece mentira que quepa tanto campo en tan poco espacio. Una ráfaga de vivo frescor, amoroso y diáfano, aletea con cada pajarillo a lo largo del bucólico panorama, donde luce el cielo todos sus cambiantes y el sol sus tonos y el campo todos sus aromas, y es más umbrosa la hojarasca y más húmedo el alero.

Editada en San Ramón en 1942 y luego en San José el año 58, la tercera edición de esta delectosa obra de Soto Esquivel es todo un acierto.

De la intensificación de la relación autor-lector nacerá sin duda un día pujante y en plenitud la literatura costarricense, que con tan buenos inicios, cuenta, a Dios gracias.

F. M. C.

INSTITUTO COSTARRICENSE DE ELECTRICIDAD

PLAN DE ELECTRIFICACION NACIONAL

Las realizaciones llevadas a cabo por el ICE son parte del Plan de Electrificación Nacional, y este Plan en términos generales es el producto del análisis previo y la visión armónica del problema eléctrico.

Para formular el plan y poner en marcha su programa de realizaciones inmediatas, el ICE se basó en un estudio de las necesidades que tenía el país de energía eléctrica, tanto acumuladas por la falta de previsión como las que se presentarían en el futuro conforme el crecimiento progresivo de Costa Rica y de sus actividades. Conociendo estas necesidades, se trazó el programa de acción, que en una primera etapa cubre los años de 1956 a 1965.

EL PLAN DE ELECTRIFICACION NACIONAL YA ESTA EN MARCHA Y SUS PRINCIPALES REALIZACIONES SE ENCUENTRAN AL SERVICIO DEL PAIS.

Instituto Costarricense de Electricidad

MIGUEL MACAYA & Cía.

MAQUINARIA AGRÍCOLA E INDUSTRIAL, LTD.

Maquinaria para la Agricultura y la Industria

Maquinaria Agrícola en una línea completa.

Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).

Motores Diesel "Petter".

Equipo para construcción de carreteras.

Compresores de aire "Worthington"

Equipo de Refrigeración.

Bombas para agua "Worthington".

Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".

Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".

Palas Mecánicas "Link-Belt".

Quebradores de Piedra "Universal"

SURTIDO DE REPUESTOS

TALLER DE SERVICIO

CONSULTE NUESTROS PLANES DE FINANCIACION

EDIFICIO INTERNATIONAL

75 VARAS NORTE HOTEL EUROPA

Teléfonos: 5830-5831

Apartado: Letra "A"

Conozca Costa Rica primero

Las bellezas naturales y la cultura de su pueblo son el fundamento básico para competir en el mercado turístico internacional

Colabore con el

INSTITUTO COSTARRICENSE DE TURISMO

una institución autónoma para el fomento del turismo como medio de robustecer la economía nacional y fuerte vínculo de unión entre los pueblos del mundo.